

A close-up photograph of a hand wearing a black, fingerless glove, firmly gripping the hilt of a sword. The sword is held horizontally across the frame. The background is a dimly lit workshop or forge, with various tools, wooden beams, and a large, arched opening visible. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the glove and the metallic sheen of the sword's hilt.

Runas de tinta

DAVID CALVO

RUNAS DE TINTA
RELATOS DE OTRO TIEMPO

David Calvo

Derechos de autor © 2020 David Calvo Sanz

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[CARCAJ](#)

[CABALGA EL FUEGO](#)

[ARCILLA](#)

[EL CUENTO DEL CABALLERO](#)

[MIL](#)

[ULTIMO CANTO: EXTRACTO DE LA NOVELA “LA PIEDRA Y LA LUNA”](#)

[Libros de este autor](#)

CARCAJ

Como toda historia de venganza que merece la pena ser contada, esta comienza con la profecía de un dios. Aunque, claro está, todos los que están reunidos en el claro del bosque saben

que sólo es un hombre con un saco sucio en la cabeza al que han cosido un par de gastadas, pero aún hermosas, astas de ciervo. Si lo miras de lejos, con los sentidos embotados por una cantidad indecente de cerveza y miel, será el esposo de la Reina de Mayo danzando sin descanso alrededor del árbol sagrado, bajo el velo de una noche de estrellas imposibles. Pero si te acercas lo suficiente serás testigo de las marcas de su mortalidad, de sus brazos huesudos, tan frágiles como las ramas de un retoño, de las costillas marcadas dolorosamente en su costado y, quizás, sufrirás una pequeña decepción. Como todo el mundo, el chico ha bailado siguiendo sus pasos, reído cuando el ciervo ha golpeado los muslos de las muchachas casaderas con la rama de espino y ha gritado hasta quedarse ronco cuando se han encendido los fuegos que iluminan el claro, alejando las sombras del último invierno que, por fin, huyen arrastrándose hasta lo más profundo del bosque para morar en la oscuridad hasta que llegue de nuevo su momento en el eterno ciclo de las estaciones. El consorte de la Reina se ha acercado a cada uno de los danzantes y, agarrándoles con fuerza el pelo que crece en la nuca, les ha susurrado algo al oído. Cuando llega su turno, el chico nota como las uñas sucias del dios arañan la piel de su cuello y no puede evitar que una pequeña mueca de dolor desfigure su rostro. Está tan cerca que puede oler la sangre seca que mancha la capucha, el aroma del barro reciente, el musgo que decora las aberturas de los ojos. La profecía susurrada con voz vacilante, temblorosa, agotada como la de un anciano, sin embargo es clara en su significado: “Mataste a tu madre al nacer. Pronto harás lo mismo con tu padre”. El chico busca el cuchillo de caza que cuelga en su cinturón, su intención es destriparlo tan rápido que no se dará cuenta de que está muerto hasta que exhale su último aliento, sabe cómo hacerlo, no sería la primera vez, pero cuando sus dedos se cierran ya sobre el mango de piel y el metal empieza a salir de la funda, un grupo de mujeres rodea al dios con sus miembros blancos, llevándolo hacia el árbol de Mayo, lejos del chico y su ira roja. De repente, el mundo alrededor del chico ha cambiado. Ya no puede escuchar las canciones ni los gemidos de los que se aman entre la hierba alta ni el crepitar de las llamas de las hogueras. Piensa en lo que ha dicho el dios. No le gusta que le recuerden a su madre. Ni lo que pasó. Ya lo hace su padre todos los días.

El chico se sienta junto a un árbol caído, con el corazón golpeando su pecho como si fuera una bestia intentando escapar de su jaula hecha con músculo y hueso. De algún lugar más allá de las hogueras, llega la voz de su padre, gritando algo que no puede entender. Sabe que no lo está llamando para compartir esta noche. Nunca lo hace. Su padre está en una esquina del prado con el resto de los hombres, tirando con el arco a un muñeco relleno de paja y hojas secas al que han vestido como un señor, con un gorro de seda raído y unas calzas teñidas de rojo. La cerveza que corre por sus venas vuelve sus dedos torpes, desvía sus flechas, las debilita, haciendo que se pierdan en la oscuridad del bosque entre un crujir de ramas mientras las carcajadas casi histéricas de los contendientes amenaza con hacer caer la bóveda celeste. El títere se mueve levemente, bailando al ritmo que marca el aire que agita las ramas de los árboles, burlándose de todos ellos. Es el turno de su padre. Su capucha de un verde intenso destaca entre los apagados colores de sus rivales. Con la espalda recta, las piernas levemente dobladas, agita la cabeza para aclarar sus pensamientos. Ignorando las burlas del resto de los arqueros, tensa el arco con una facilidad insultante hasta que la cuerda llega a la altura de su oreja, aguanta la respiración durante dos segundos y, relajando los dedos, libera la flecha. Por un momento, el chico cree que va a llegar hasta el muñeco, que su padre va a ganar la competición pero, a mitad de camino, la flecha pierde fuerza y cae a la hierba, muy lejos de su objetivo. Esta vez las carcajadas van acompañadas por escupitajos y pellas de barro seco. El padre del chico, avergonzado, se deja caer sobre la hierba y alguien le tira una cerveza a la cara. Cuando se levanta, su mirada coincide con la del chico. Con gesto impaciente, pide otra cerveza y aparta la vista. En el prado, el dios estira sus brazos y

señala al cielo provocando un griterío ensordecedor. El chico cierra los ojos y, de repente, desea estar lejos de allí, en cualquier otro lugar.

Cuando por fin amanece, el chico, esquivando los cuerpos de los que aún duermen, se acerca a su padre. Está hablando con el tío John, que siempre es amable con el chico, quizás porque le recuerda a su hermana, y el chico siempre responde a su amabilidad con un desprecio que no se molesta en disimular. No le gusta el tono condescendiente de su voz cuando le habla, ni cómo le agarra del hombro con sus dedos fofos, ni el olor de su sudor. Como es habitual, están discutiendo. Sobre la caza.

Esos venados están marcados por el rey, le dice tío John a su padre.

El rey está lejos. Y no pasa hambre. Y tiene muchos otros venados, demasiados, si quieres mi opinión, contesta su padre mientras examina sus flechas tratando de encontrar alguna tara en ellas, arrojando las melladas a un lado y guardando las que han pasado su examen en el carcaj.

Estás llamando mucho la atención. En algún momento tendrás que parar. O te harán parar. Ya ofrecen dinero por tu captura. Sabes que sólo es cuestión de tiempo que alguien siga el ritmo que marcan las monedas.

Su padre escupe al suelo, después se pone la capucha y con un movimiento de la mano indica al chico que lo siga.

Volvemos al bosque, vamos, chico, muévete.

Maldito seas, Rob. Los viejos días ya han pasado. Es una época nueva. Déjalo estar.

Sin decir una palabra, Rob pone una flecha en el arco y dispara. La flecha se clava en el corazón del muñeco, provocando un súbito silencio en todo el claro. Su padre levanta la mano derecha, con el dedo índice y corazón, los que sujetan la flecha, extendidos delante del rostro enrojecido de tío John. Y con eso da por terminada la discusión.

Últimamente, me cuesta dormir. Es el maldito muñón de la mano. No para de dolerme. Y no debería después de tantos años. Pero, a veces, siento cómo si aún pudiera mover los dedos. Nostalgia, supongo. Me quedo tumbado en el catre, siguiendo el ritmo de los ronquidos de los que son más afortunados que yo hasta que siento ganas de gritar. De alguna parte, llega el sonido de las campanas anunciando laudes. Me lavo la cara y observo, como si la viera por primera vez, la mano que me queda, esa mano llena de manchas oscuras, arrugada, débil, esa mano que una vez fue joven. Apenas me sirve para sujetar la pluma que se ha convertido en el símbolo de mi vida. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo me he convertido en esta cáscara sin alma? ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? La fuerza de la costumbre me arrastra hasta el altar. Allí escucho la misa y acompaño con mi voz a la de mis hermanos. Algunos se duermen de pie, acunados por la palabra de Dios que brota de los labios del abad. Por supuesto, yo sigo despierto, rogando en silencio perdón por mis pecados, graves y numerosos y cuando termino empiezo a componer mi canto, a elaborar frases nacidas en mi recuerdos. Las que sirven, que son las menos, son almacenadas en un rincón de mi memoria y el resto las hago desaparecer como si nunca hubieran existido. Bajo la luz declinante del otoño, el día se desliza como un leve sueño acompañando la actividad en el huerto, las oraciones y, finalmente, el trabajo en el scriptorium. Allí, palabras de hombres muertos hace mucho tiempo siguen haciendo girar el mundo. Trabajamos con el cálamo durante horas, en silencio, con la espalda encorvada y los ojos llorosos por el esfuerzo, copiando, dibujando, creando. Cuando nadie mira, tomo un trozo de vitela, escribo unas pocas líneas, las releo y, satisfecho por el resultado final, lo guardo en un bolsillo de la cogulla. Hoy ha sido un buen día.

Lo cierto es que nunca le ha gustado vivir en el bosque. En primer lugar, está el hambre, siempre el hambre, como si no pudiera existir nada más, cuando pueden pasar días sin cobrar una buena pieza y su único bocado es una ardilla de carnes duras o, si son afortunados, un conejo de ojos tristes. Cuando llueve, y eso es algo que ocurre casi todos los días, se protegen bajo una manta raída por el tiempo y las chiches. El agua, con una inteligencia que nadie sería capaz de adivinar hasta que se sufre en carne propia, aprovecha cada pequeño agujero para colarse en su triste refugio, calando sus ropas, abriéndose paso hasta sus pieles desnudas, enfriando sus huesos. En esas ocasiones, el chico se aprieta contra el cuerpo de su padre, buscando compartir un pequeño resquicio de calor aún no devorado por la humedad y el frío. Y como siempre, su padre se aparta poco a poco, como si el contacto con su hijo le repeliera. No importa, se dice el chico, no necesito su cariño. Por las noches, cuando el viento apenas susurra entre las ramas de los árboles, puede oír cómo su padre solloza en silencio, musitando el nombre de ella, una y otra vez, como si fuera el dulce nombre de Nuestro Salvador. A veces, el chico intenta imaginar cómo hubiera sido su vida si ella no hubiera muerto, si las cosas fueran diferentes. Quizás vivirían en la ciudad, lejos del bosque, de la lluvia y el hambre, quizás serían granjeros al servicio de un señor o peones de la Iglesia. Pero al final, lejos de esos posibles mundos, lo único que termina siendo real es el agua que gotea de su nariz, sus piernas doloridas y el desprecio latente de su padre, que sólo parece ser feliz cuando tienen que esconderse de los hombres del rey, de sus perros y de sus ballestas. Los oyen deambular por el bosque, haciendo tanto ruido que no pueden evitar hacer una mueca de disgusto ante su falta de. Su padre se entretiene clavándoles flechas en los brazos y en las piernas, y luego se alejan, internándose en la espesura, acompañados por gritos de dolor y maldiciones. Ahí, es en esas ocasiones, cuando casi puede ver un atisbo de sonrisa en los labios de su padre. Pero al final llega a la conclusión de que tan sólo lo ha imaginado. Como tantas otras cosas.

Llego tarde a mi cita. En cierta manera, es algo inevitable. No me gusta venir a la ciudad, no me siento cómodo caminando por sus calles. Niños con caras sucias arrugan la nariz cuando paso a su lado, las matronas desvían la mirada como si ofendiera sus ojos con mi sola existencia, los hombres simplemente me ignoran. Es mejor así. Siempre ha sido así. La taberna está a la entrada de la ciudad. Un letrero de madera toscamente labrado baila cuando la lluvia lo golpea. Miro el dibujo que lo decora. Un venado agonizante, herido por una flecha. Es lo adecuado, supongo. El poeta me espera sentado junto a los rescoldos humeantes de la chimenea, se ha quitado las botas y ha acercado sus pies pálidos y llenos de llagas a los restos que aún arden, en una mano sostiene una jarra de cerveza, en otra sujeta un sombrero de aspecto gastado, tan sucio que ni las pulgas querrían vivir en él. Con un gesto le indico un rincón más tranquilo, lejos de miradas curiosas. Es lo mejor para nuestro negocio aunque él no pueda entenderlo, todavía no. Recoge sus pocas posesiones y me sigue hasta una mesa bajo la escalera que lleva al piso superior. ¿Qué tienes?, me pregunta incapaz de contener su ansia. Saco los legajos de la bolsa y los extiendo sobre la mesa. Se muerde los labios y acercándose empieza a leer moviendo los labios, susurrando cada palabra. “En verano cuando brillan los árboles y son las hojas espesas y grandes, es muy placentero en el bello bosque oír el canto del ave...” Con cada final de rima, asiente con la cabeza dando su aprobación, me mira con ojos hambrientos y dice: Son buenos, muy buenos, excelentes diría yo. Un repentino dolor en mi muñón me hace torcer el gesto, no quiero que lo malinterprete. No me cae bien, no me gusta pero es necesario, sin él, sin la gente como él, nada de esto podría llegar a buen fin. No lo sabe, pero es un instrumento más, como mi pluma, como la tinta que mancha mis dedos. Le pregunto cómo fue con los últimos que le

entregué. Con exagerado entusiasmo me empieza a describir la reacción de la gente, cómo le preguntaban cuando tendría más historias, cuando volvería a visitar su aldea. Luego, ese pequeño tonto vanidoso, me comenta molesto que ha descubierto que gente de su oficio ha copiado sus historias y las están llevando a más lugares, por eso necesita más, mucho más, material nuevo, original. Por supuesto, él ha tratado de hacerlo pero no ha sabido cómo pero eso es algo que nunca me confesará. Claro que no puedes, poetastro, se necesita algo más que saber tocar el laúd y mover el bigote, pero claro está le prometo, como se lo he prometido a media docena más como él, que procuraré tener cada tres meses una nueva balada. Satisfecho, apura su cerveza y mirando al techo se pasa las manos por el pelo, sus ojos reflejan futuros triunfos, camas calientes, doncellas de blancos pechos, y monedas doradas como el sol. Qué maravillosa es la vida, ¿verdad? De repente, decido que ya he tenido suficiente y me incorporó acompañado por el coro que hacen mis huesos al crujir. Dentro de tres meses, en la festividad de San Sebastián, volveremos a vernos, le digo. El tufo que emana de sus pies desnudos me acompaña hasta la salida. Cuando el aire puro golpea mi cara me apoyo en la pared de la taberna, bajo el letrero y siento que mi pecho está a punto de estallar. Es horrible hacerse viejo. El caballo de un señor pasa al galope apartando a la gente y salpicando un charco me llena de barro el hábito. Ni siquiera me ha visto. Es mejor así porque el odio que siento es algo tan físico que podría derribarlo del caballo y romper sus huesos como si fueran ramitas secas. Pero eso no estaría bien. Sería una estupidez. Tengo que trabajar más. Vuelvo al convento mientras nuevas rimas se forman en mis labios sin que haga el más mínimo intento por detenerlas.

Son media docena de ciervos. Un macho, dos hembras, y tres crías. El macho nos huele y levanta la cabeza, sus astas atrapan la luz del sol, son hermosas, fuertes y robustas, una corona para el rey del bosque. La flecha de Rob atraviesa su pecho rompiendo su corazón. El resto de la manada huye dando saltos, sin mirar atrás ocultándose entre los árboles. El macho se tambalea, golpea el suelo con sus patas, una, dos veces y, por fin, agachando su cerviz se deja caer al suelo. Rob se acerca y, esquivando los cuernos, pone fin a su sufrimiento con un tajo rápido en la garganta. El chico se acerca, con una flecha preparada y ve que en la linde del bosque, uno de los cervatillos se ha quedado contemplando la escena con sus ojos grandes y oscuros. El chico levanta su arco y apunta con cuidado. A esa distancia no puede fallar. Sería muy fácil. Sólo tiene que relajar los dedos. El ciervo agita las orejas, mira por última vez al claro y de un salto se pierde en la oscuridad verde del bosque. El chico baja el arco y guarda la flecha en su carcaj. Su padre lo está mirando. Ayúdame con esto, le dice con sus manos goteando sangre. El chico se agacha y empieza a sacar las vísceras aún calientes.

Suenan las campanas de misa cuando llegan al pueblo. La casa de tío John está caliente y se dejan caer en los taburetes con un suspiro de cansancio. Han dejado el ciervo en la puerta, tendrán carne de sobra y alguien pagará por los cuernos y la piel. Sin duda, es una buena pieza y eso hace que su padre esté contento, el chico puede notar lo pese a que no lo manifieste con risas o gestos cariñosos. Comen un poco de sopa con un pedazo de pan seco y comentan cómo han sido las últimas semanas con John que está un poco taciturno y contesta con monosílabos a sus preguntas. Rob pide un poco de cerveza. John se acerca con la jarra y vierte el líquido en el vaso. Sus manos tiemblan y derraman casi toda la cerveza que cae al suelo mojando la paja y la tierra. Rob levanta la vista y mira a los ojos de John. Este deja la jarra en la mesa y dice “han prometido que no le harán nada al chico”. Entonces, oyen a los perros y los caballos, el tintineo de las cotas de malla y las ballestas cargándose.

Vamos, deprisa, dice Rob mientras coge al chico del hombro y lo levanta de la mesa.

Por una vez en tu vida piensa en tu hijo, dice John agarrando el brazo de Rob. Esto ha terminado. Sabes que no puedes ganar.

Rob se libera de un tirón y saca su cuchillo poniéndolo debajo de la garganta de John. Si no fuera por ser quién eres, le dice, si no fuera por su recuerdo ya estarías muerto. Chico, ahora tendrás que correr. No mires atrás.

Al final, como fue predicho, es por su culpa. Conocen el bosque mejor que ellos, pueden borrar su rastro pese a todos sus sabuesos y sus corceles, desaparecer como si nunca hubieran existido. Pero en una ladera, el chico resbala en el barro y cae por la pendiente hasta quedar atrapado en una maraña de ramas rotas. Con el cuerpo dolorido, su piel sangrando por mil sitios diferentes, mira a su padre, apenas a una silueta recortada en la cima de la colina. Por un momento, cree que va a girarse y escapar dejándolo atrás, y quizás es una posibilidad que pasa por la mente de Rob pero al final se deja caer por la pendiente hasta llegar al lado de su hijo. El ladrido de los perros se acerca acompañado por los cascos de los caballos y los gritos de triunfo de los hombres de armas. Rob levanta la mano y dejándola caer en la cabeza del chico, acaricia lentamente su cabello apelmazado por el barro y las hojas sucias, casi con cariño.

No tengas miedo, le dijo, así es como ellos ganarían, no dejes que lo hagan.

Después, una porra de madera golpea la boca de Rob, devastando sus labios en una ordealía de sangre y dientes rotos. Media docena de hombres se abalanzan sobre el cuerpo caído de Rob golpeando una y otra vez, enterrándolo en el barro con cada impacto hasta que deja de moverse. Sentado en su caballo, el señor bosteza mientras contempla la escena, está empezando a anochecer y hoy le apetece cenar pronto. Golpeando los costados de su montura el señor se aleja con sus perros.

Tres días después, su padre aún cuelga boca abajo en la puerta de entrada de la ciudad. Sus ojos llenos de moscas lo miran cuando pasa y por un momento el chico cree que aún esta vivo. Pero entonces, ve los tajos en su carne, la sangre reseca en su piel, su rostro hueco y sin vida como una máscara de cera. El chico acuna los vendajes ensangrentados que cubren el muñón recién cortado de su mano. Con los dientes apretados, aguanta las lágrimas que quieren asomarse en sus ojos. Es el dolor, se dice, sólo el dolor. Con paso inseguro, se aleja de la ciudad, siguiendo a unos monjes. Le han prometido un nuevo nombre, una nueva vida. No mira atrás.

Día de mercado. ¿Hace falta decir más? Tenderetes llenos de colores, paja sucia, perros retozando en el barro, mercaderes de ojos ávidos, granjeros escudúidos, damas de vestidos remendados, niños de dedos hábiles deslizándose entre los pliegues de la ropa buscando bolsas llenas, dinero que fluye, cerdos, lana de oveja húmeda por la lluvia, el olor de los cuerpos en invierno. Una ligera sensación de náusea asalta mi garganta, sin que haga ningún esfuerzo para evitarla. Me aparto de mis hermanos de orden buscando el anonimato que tan generosamente me ofrece la multitud. Dejo que la marea humana me arrastre, que lleve mis piernas temblorosas hasta llegar al centro del mercado. Con los dedos me quito las legañas de los ojos y bizqueo levemente. En una plataforma, hay un hombre arrodillado, su espalda está llena de heridas sangrantes. Un soldado sujeta un garrote grueso como un muslo, la sangre cae sobre la madera de la tarima. El señor, con los dedos metidos en su cinturón dorado, habla, su voz no me llega con claridad, apenas entiendo algunas palabras, algo sobre la caza y la ley del rey. El soldado vuelve a golpear la espalda del condenado. Su grito suena ahogado, debilitado ya por el dolor. Otro golpe. Su sangre se mezcla con la del ciervo muerto. El hombre se desmaya y el soldado patea su cuerpo. El silencio entre la multitud es espeso como la pez. Un silbido lo rompe, y el efecto es como un grito en mitad de la noche. Y a ese silbido lo siguen otros, mientras se va formando una tonada que reconozco

porque yo la he creado, y entonces una voz canta una rima que he estado esperando escuchar durante mucho tiempo. Y a esa voz, se le unen doscientas gargantas que en un momento dado gritan un nombre: Robin. Robin. Robin. Y la canción sigue creciendo, sin que nadie pueda detenerla, mientras los soldados miran al señor y este, mira a la multitud y grita algo, quizás, una orden pidiendo silencio, pero ya nadie le escucha porque la canción ha llegado a la parte en la que muere el sheriff y el triunfo final es de Robin y entonces alguien se agacha, recoge una trozo de mierda y la arroja al estrado golpeando al señor en el rostro, dejando una mancha oscura, como la sangre, en su piel fina apenas mancillada por el sol. Su dedo, tembloroso, se levanta y amenaza a la multitud, y eso provoca que una tormenta de barro y mierda arrojada por un sinfín de manos vuela sobre el señor, sus soldados y todo su poder y orgullo, tapándose como pueden retroceden mientras la multitud los sigue por la ciudad arrojándoles todo lo que encuentran a su paso. Y por un momento, me gustaría creer que el señor se vuelve y me mira directamente a los ojos. Y le devuelvo la mirada y sonrío porque puedo ver su miedo, la incredulidad al contemplar cómo se ha derrumbado el mundo que con tanto cuidado habían construidos hombres como él. Con sólo una canción. Y bien, padre, ¿te sientes ahora orgulloso?

CABALGA EL FUEGO

Esta historia ya te la han contado antes.

Empieza con un hombre sentado en el porche de su cabaña. Ante él, se extiende una pradera infinita, un océano de color verde y amarillo, con olas hechas de hierba y polvo. En el cielo, aún claro, empiezan a acumularse nubes oscuras que anuncian las primeras lluvias de la primavera. Una estación difícil si vives cerca de los Territorios Indios. Siempre ha sido así y siempre lo será.

El hombre olfatea el aire estirando su cuello, nervudo y gris como la soga de un ahorcado.

Algo ha cambiado en el ambiente, algo que ha traído el viento, un olor conocido, apenas una marca de tiza en su memoria. Del bolsillo de su camisa, con las puntas de los dedos, extrae unos anteojos. Con cuidado, los coloca sobre la punta de su nariz. Su vista ya no es lo que era aunque, si hemos de ser sinceros, nunca fue lo bastante buena para el trabajo que hacía. Entrecierra los ojos, un poco más el izquierdo que el derecho, y otea el horizonte. Ahí está. Un jinete en la distancia, un punto oscuro que crece en tamaño con cada golpe de casco de su caballo. Calcula el tiempo que tardará en llegar a su porche. Aún tiene diez, quizás quince minutos de camino. Así que se levanta de la silla y, rascándose el escaso pelo que crece en su coronilla, llena un cubo con granos de maíz seco. Después, alimenta a sus gallinas arrojándoselo a grandes puñados mientras las llama a cada una por su nombre. De alguna parte, llega el sonido lejano de un trueno.

En ese momento de su vida, se hacía llamar Elijah. Pero, por supuesto, ese no es su verdadero nombre. El auténtico ha intentado olvidarlo durante mucho tiempo y, de paso, ha intentado que el resto del mundo lo olvidara también. Si te cruzaras con él por la calle principal de algún pueblo olvidado por Nuestro Señor, un pueblo de esos que crecen y desaparecen en la frontera como las polillas en la noche, y lo reconocieras y tus labios pronunciaran todas esas sílabas y palabras que suelen componer los nombres de las personas, ni siquiera levantaría la vista del suelo y seguiría buscando cosas perdidas en el polvo del camino. Así era él por aquel entonces.

Unas breves palabras sobre el hogar de Elijah. No es bonito ni acogedor ni algo de lo que se sienta orgulloso. Intentó construir la cabaña con sus propias manos, trayendo cada una de las piedras que conforman las paredes, cortando y trabajando la madera de las vigas del techo y aún así todo salió mal. El suelo se levanta en las esquinas como si un millón de hormigas empujaran a la vez con sus carcasas negras y el techo tiene tantas grietas que por las noches, tumbado en la cama, puede contar las estrellas del cielo. A veces, piensa que debería ir al pueblo y comprar el material que le hace falta para arreglar todo ese desastre pero luego llega a la conclusión de que nada de eso merecería la pena. Y apenas le cuesta convencerse de que esa es la decisión correcta.

En la granja cría cerdos y gallinas. La mitad están enfermos y la otra mitad desean estar muertos. El huerto produce patatas y judías, la mayor parte de la cosecha sale mala, podrida. Elijah piensa que son sus manos las que provocan que nada de lo que toca tenga vida, que al final todo se muera sin remedio. Es algo sobre lo que ha meditado largo y tendido durante las tardes eternas que se pasa sentado en su silla viendo como el sol se desangra contra el horizonte. Vive solo en la cabaña, acompañado por su perra, una mestiza llamada Comanche. Cuando no tiene más remedio monta en su carreta y, después de siete horas de viaje, se acerca hasta Deadwood. Allí compra lo que necesita en la tienda de Mort. Este le engaña con los precios y le sonríe con unos labios viscosos mientras sus ojos miden la paciencia del viejo que tiene delante. Elijah apenas levanta la vista del suelo de la tienda. Si le preguntaras podría decirte el número exacto de manchas de grasa que tienen las tablas que pisa. Sabe que le cobran de más y no le importa. En realidad nada le importa. Cree que así vive mejor. También en esto se engaña.

El jinete, que por fin ha llegado a su destino, es un tipo delgado, un sombrero que le queda demasiado grande cubre de sombras su rostro. Comanche gruñe quedamente cuando descabalga. Con un pañuelo se limpia el sudor de la cara, restos de polvo enmarcan un par de ojos verdes como un campo de hadas. Hasta que no dice las primeras palabras, Elijah no se da cuenta que es una chica joven, casi una niña. “¿Qué estás haciendo aquí, chiquilla?”, piensa Elijah.

—Buenas tardes, señor —dice la chica quitándose el sombrero y dejando al descubierto una mata de pelo pelirrojo, cortado a tajos, como lo llevaría un muchacho criado en los callejones—. Me preguntaba si tendría un poco de agua a mi caballo y, si no es mucha molestia, un poco de café para mí.

—Claro —contesta Elijah—. No hay problema. Puedes llevar el caballo junto al establo. Hay agua limpia allí, en el abrevadero. Cuando lo hayas hecho entra en la casa. Tendrás tu taza de café.

—Puedo pagar ambas cosas —dice la muchacha mientras echa mano a una bolsa que tintinea como las campanas del Paraíso.

—Eso no será necesario. Haz lo que te he dicho, chica.

—Me llamo Rachel —musita ella mientras lleva al caballo de las riendas hasta el establo.

Elijah la sigue con su mirada pensando en el tímido fulgor de ira que ha visto asomar en esos ojos verdes.

Rachel.

Ese nombre aún sabe amargo en sus labios.

—Te acuerdas cuando no nos poníamos de acuerdo con el nombre de nuestra hija, ¿verdad? —dice Sara desde el interior de la casa—. Al final, tú propusiste Rachel. Y así se quedó. Es un nombre muy bonito.

—He intentado olvidarlo. Como he intentado olvidarte a ti —En el portal de la cabaña apenas se distingue la figura de Sara, envuelta en sombras, como si nacieran de ella y trataran de cubrirla como haría una madre con su hijo—. No estás ahí. Te fuiste hace mucho tiempo. Y no necesito nada de esto.

—Oh, pero no puedes evitarlo —contesta Sara mientras acompaña sus palabras con una risa llena de alegría, esa risa que Elijah amó tanto—. Estoy aquí, en cada uno de los rincones de esta casa. No puedes escapar de mí como no puedes escapar de ti mismo. Por mucho que lo intentes.

—Vamos, Comanche —le dice Elijah a su perra—, para dentro. Hoy tenemos visitas. Sé educada.

Elijah bebe un poco de su café. Está muy amargo. Nunca ha sabido hacerlo como a él le gusta. Sara lo hacía bien. Como tantas otras cosas. “No pienses en ella ahora, viejo, no es el momento”. Rachel toma un sorbo de su taza y arruga el entrecejo mientras intenta hacer pasar por su garganta ese bebedizo que se supone que es café. Muy educada, no lo escupe pero deja la taza sobre la mesa y ya no la vuelve a tocar.

—Siento lo del café —dice Elijah—. No se me da bien ese tipo de cosas.

—No importa. Los he probado peores. Creo.

—Ya. Es obvio que estás de camino a algún sitio. No suele venir mucha gente por aquí. Demasiado cerca de la frontera.

—Me dirijo a Deadwood —dice Rachel—. Tengo negocios allí. Cuentas que saldar.

—Por cómo ha sonado eso me parece que esas cuentas no tienen que ver con el dinero. Si te fías de mi experiencia, te diría que vas a tener problemas para cobrar esas deudas.

—A nadie le gusta pagar lo que debe. Pero al final, de un modo u otro, todo el mundo tiene que hacerlo.

—Palabras duras —Elijah acaricia la cabeza de Comanche, nota una garrapata cerca de su oreja izquierda y, con el índice y el pulgar, se la arranca de un tirón. Después, la aplasta contra la mesa—. Pero hay que saber acompañarlas con acciones duras. Estás muy lejos de tu casa, niña. Déjalo estar, sea lo que sea lo que te deban no merece la pena.

—Usted no sabe nada —dice Rachel escupiendo cada una de las palabras mientras un fuego verde aparece en sus ojos.

—Sé lo que hay que saber. Vuelve por donde has venido. Será lo mejor para todos. Sobre todo para ti.

—Si quisiera sus consejos, señor, se los pediría. Y no creo haberlo hecho. Me parece que ya va siendo hora de que me vaya. Gracias por el café y el agua para mi caballo. Como le he dicho antes, voy a pagar por ello.

—Está anocheciendo y salir ahí fuera, de noche, no sería una buena decisión. Hay cosas que es mejor no encontrarse en la oscuridad, cosas peores que los sioux o las alimañas. Si quieres, puedes dormir en el establo. Te dejaré unas mantas para que estés caliente. Y mañana ya veremos que pasa.

Rachel sonríe, su boca convertida en una herida roja, se pone su enorme sombrero y se despide de Elijah con un gesto de la cabeza. Mucho tiempo después de que haya desaparecido en el horizonte, Elijah sigue mirando hacia allí, esperando que se arrepienta y vuelva. Pero, por supuesto, eso no pasa.

Esa noche, Sara se sienta al pie de su cama. Elijah casi puede sentir el peso sobre el colchón, el aroma que emana de su pelo, el tacto de sus dedos, delgados y ahusados, acariciando las sábanas.

—Si hubiera sobrevivido —dice Sara mientras sujeta una muñeca de trapo, acariciando su cara feliz, ordenando sus cabellos de paja—, se habría parecido a ella, ¿verdad? Los mismos ojos verdes. Quizás también habría tenido ese fuego dentro de ella. Ya lo has visto. Me hubiera gustado tanto verla crecer...

Elijah no contesta. No quiere decir en voz alta que lo único que quiso en esta vida fue a esa niña, que ella lo cambió todo y que cuando se fue, algo murió también dentro de él y que ahora no quedan más que los restos agotados de lo que una vez fue un hombre.

—No deberías haberla dejado marchar. Estaba tan delgada... Tendrías que haberle ofrecido algo de comer. Una tortilla. Quizás, un poco de queso, de ese que guardas en la alacena. Le hubiera gustado. A ella le encantaba.

—Déjame en paz —grita Elijah a las sombras que se escabullen ocultándose en los rincones del dormitorio—. Déjame en paz, por favor.

A la mañana siguiente, Elijah enjaeza su caballo a la carreta y con un chasquido de riendas pone rumbo a Deadwood. Cuando entra en la ciudad, lo recibe la lluvia, una cortina de agua gris y sucia que cubre las casas y los cuerpos con un beso húmedo. La gente de bien empieza a encerrarse en sus hogares mientras vaqueros desocupados ocupan la calle principal, con miradas desafiantes, dispuestos a gastarse su jornal en los placeres que se les ofrecen generosamente. Durante unos instantes, Elijah no sabe muy bien que hacer, dónde empezar a buscar, se siente incómodo, perdido, tan lejos de su casa y, entonces, reconoce el caballo de Rachel. Lo lleva un joven de bigote rubio de las riendas. Juguetea con un mechón de pelo rojo que lleva entre los dedos. Como si fuera un trofeo se lo enseña a su compañero, otro vaquero de risa equina que carga con la silla de montar del caballo. El joven del bigote se acerca el mechón hasta su nariz y, lentamente, lo huele mientras cierra los ojos. Después, se lo guarda en un bolsillo de su chaleco y enseña unos dientes grandes y blancos en una sonrisa satisfecha, ahíta de placer. Elijah se queda sentado en su carreta, mirándolos de reojo cuando pasan a su lado. Puede escuchar el final de su conversación. El de la sonrisa equina dice “daba buenos mordiscos pero al final se le han quitado las ganas” y el otro ríe y vuelve a reír hasta que llegan a la puerta del Gem Theather de Swearengen, el único local que parece emitir luz, calor y vida en toda la calle.

Elijah mira a su alrededor. Un puñado de chicos rodea a otro más alto que lleva el sombrero de Rachel. Elijah baja de la carreta. Sus botas se hunden en el barro. Cruza la calle, hasta el círculo de los chiquillos. Saca un dólar de su bolsillo y lo pone debajo de las narices llenas de pecas del chico del sombrero.

—Esto, si me dices de dónde has sacado ese sombrero.

El chico coge el dólar y lo muerde con sus dientes mellados y amarillos. Con gesto satisfecho, lo guarda en el interior de su camisa.

—Es de la chica que atacó al señor Swearengen. Con un cuchillo. Casi le ha arrancao una oreja.

—¿Dónde está?

—¿La oreja?

—No, la chica... La del cuchillo.

—Ah, esa... El señor Swearengen sangraba igualico que un gorrino y gritaba y gritaba. Supongo que se ha enfadao. Los hombres del señor Swearengen se hicieron con la chica, la pasaron por toda la ciudad y luego la colgaron de un árbol del cementerio. Sí, señor, eso hicieron. Y ahí se quedó el sheriff, mirando sin hacer nada.

—Dime donde está el cementerio, chico —dice Elijah mientras deposita cinco dólares en la palma del muchacho—. Y también te compro el sombrero.

—Pero me guta mucho.

—A mí me gusta más.

Es un árbol de fruto único. Una chica que cuelga de una cuerda de cáñamo. Sus manos atadas por delante sostienen un ramo de flores marchitas. En su rostro, blanco como una máscara de cera, manchas oscuras tiñen sus mejillas y sus labios. Restos de sangre se extienden por sus piernas como una vegetación extraña. Puntos oscuros nadan en la periferia de los ojos de Elijah. “Es fácil”, piensa Elijah, “sólo tienes que darte la vuelta y volver a casa, mañana habrás olvidado todo esto”. Pero en cambio saca el cuchillo de su funda y corta la cuerda. El cuerpo de la chica cae en sus brazos y durante un segundo nota su mejilla contra la suya mientras la sujeta para que no caiga al suelo, al menos no dejará que eso pase. Quita la cuerda de su cuello, la marca es carmesí y hay un poco de sangre seca allí donde el cáñamo ha cortado la piel. Su cuerpo es ligero, apenas nota el peso, Sara tenía razón, está muy delgada, tendría que haberle ofrecido algo de comer. Carga con ella hasta la carreta. Cuando lo cubre con una manta oye un leve quejido. Con cuidado, aparta el cabello rojo del rostro de Rachel. Sus ojos verdes se abren, parpadean y vuelven a cerrarse. Elijah coge la cantimplora y moja los labios de la chica. “Vamos cariño, vamos, no te vayas”, le dice. Rachel abre la boca tratando de encontrar un poco de aire. “Eso es, pequeña, eso es, esa es mi chica. Dura como el clavo de un ataúd. Venga, no te rindas, ahora no”.

—Tenías razón —dice Sara mientras examina la corteza del árbol con cierto interés—. Ha tenido problemas para cobrar sus deudas.

Cuatro días más tarde, Elijah pone una cuchara de sopa en los labios de Rachel. Aún le cuesta tragar y apenas puede hablar. Durante dos días estuvo más muerta que viva. Pero algo seguía ardiendo en su interior, un fuego color esmeralda, alimentado por sentimientos que Elijah conocía bien. Como siempre la sopa sabe como si Comanche se hubiera meado en ella. Rachel hace amago de vomitarla pero Elijah lo evita haciéndole tragar otra cucharada. Si Elijah ha sido más feliz en algún momento de su vida ya no se acuerda. Con timidez acerca los dedos al rostro de la chica y examina las heridas de su rostro y de su cuello. La marca de la soga aún está roja, esa cicatriz la llevará toda la vida.

—Viene alguien —dice Sara desde el porche.

Elijah deja el plato de sopa en el suelo y contempla el rostro de Rachel durante unos segundos en silencio como si quisiera conservar esa imagen en su memoria para siempre. Finalmente la arropa, le besa la frente y sale al porche de la cabaña.

Tres jinetes. Acercándose.

—Aficionados. En tus buenos tiempos, habrías esperado a que anoheciera. Y luego habrías quemado la cabaña con todo el mundo dentro —susurra Sara, casi melancólica—. Y posiblemente, te hubieras emborrachado para celebrarlo.

—O los habría quemado ya borracho. Habría estado ahí tumbado, entre la hierba alta, bebiendo, esperando a que saliera la luna y todo el mundo estuviera dormido.

—Esos parecen que no tienen tanto tiempo. O quizás es que saben que sólo sois un viejo y una niña.

Elijah descuelga su escopeta de dos cañones de la pared de la cocina. Sólo la ha utilizado para cazar coyotes y otras alimañas. Hace mucho que no dispara contra otro hombre.

—Coge el revolver —le recomienda Sara.

—Estará sucio, inservible.

—Lo limpiaste ayer por la tarde. ¿No te acuerdas?

—No.

Elijah mueve un tablero del suelo. Envuelto en un paño está su revolver. Limpio y engrasado. Con cinco recámaras ocupadas por cinco balas.

—Parece que todo está bien —contesta Elijah mientras sostiene el peso familiar y nunca olvidado—. Siempre supe que en realidad no eras mi mujer, aunque parezcas y suenes como ella. ¿Quién eres en realidad?

—Creo que ya sabes la respuesta, mi amor. Siempre lo has sabido.

Los jinetes detienen sus caballos a unos metros del porche de Elijah. El que está en el centro, se quita el sombrero y sonrío.

—Buenos días, viejo —saluda con un gesto de la barbilla—. Venimos a hablar. De cierta perra que descolgaste de un árbol. La queremos. Ahora.

Elijah parpadea, una, dos veces. Levanta la escopeta y dispara. La cabeza del vaquero explota cubriendo a su caballo de sesos y restos de huesos. El sonido hace que los otros caballos se espanten. Los jinetes tratan de retenerlos, sin mucho éxito y a la vez sacan el revolver de sus fundas y disparan. Elijah se agacha, respira hondo y apunta con cuidado a las enormes formas oscuras de los caballos. Es difícil fallar. Los caballos caen entre quejidos de dolor y muerte. El tiroteo apenas ha durado un minuto. Elijah recarga su revolver, tomándose su tiempo y se acerca a los cadáveres. Uno de los jinetes tiene el cuello roto, girado en una posición antinatural, restos de saliva escarlata manchan las comisuras de sus labios. El muchacho del bigote rubio, el que tenía el mechón de Rachel está llamando a su madre y a Dios. Ambos están muy lejos de allí como para poder prestarle alguna ayuda. Cuando Elijah se acerca, el chico levanta una mano y dice:

—Por favor, no, por favor...

“Qué joven es”, piensa Elijah mientras dispara. La bala atraviesa la mano del muchacho, arrancándole dos dedos y se aloja en su frente abriendo un agujero humeante. “Casi un niño”, medita Elijah mientras se palpa el cuello tratando de encontrar su propio pulso. Ahí está. Tranquilo, como siempre. Ni un solo latido de más. Desde el porche de la cabaña, Rachel lo observa con la boca abierta, envuelta en una manta.

—Así son las cosas —le dice Elijah mientras empieza a saquear los cadáveres.

Rachel está tumbada en la carreta. Sus ojos verdes reflejan las llamas que devoran la cabaña y los convierten en estallidos esmeraldas. Elijah la sujeta de la mano, y contempla sin

ninguna emoción cómo su hogar desaparece en el fuego, las vigas caen provocando estallidos de chispas y humo. No siente nada. Todo lo que quiere, todo lo que le importa está junto a él, en esa carreta. Agita las riendas y el caballo empieza a andar, con Comanche corriendo a su lado. Elijah pone dirección a los Territorios Indios.

—Supongo que no os importará que os acompañe —dice Sara sentada a su lado en el pescante.

—Me parece bien.

Y este es el final de la historia. Supongo que podría contar cómo llegaron a territorio indio y como allí, ella se convirtió en “Cabalga el fuego” y cómo separaron sus caminos y volvieron a reunirse cuando él más la necesito. Pero supongo que esa es una historia que podré contar mañana.

ARCILLA

Esta es la historia de una perra llamada Arcilla y de cómo llegó a ser inmortal. Pero mucho antes de que eso ocurra, Arcilla dormita junto a la pequeña y gastada estatua de Hermes que preside el comedor de la casa. Por alguna razón, quizás por la presencia del dios, es el único lugar donde el verano ateniense, con su aire ardiente como el aliento de un horno, es casi soportable. Arcilla agradece esa breve misericordia que consigue del calor, ya no es una perra joven, y sus cansados huesos tratan de aprovechar cada pequeña ventaja que puedan encontrar en su camino. Hace unos días, tuvo una breve refriega cerca de la puerta Diomea con otro perro, más joven, más pesado, que la tumbó con insultante facilidad. Desde entonces, su cadera se ha desviado hacia la derecha y apenas puede caminar sin que la mordedura del dolor la acompañe. Por el contrario, y porque los dioses a veces son generosos, su olfato y su oído siguen siendo tan agudos, tan certeros y valiosos como hace años, sino mejores. Y son ese oído, ese olfato, los que la despiertan, informándole que hay un cambio en el aire encerrado dentro la casa, una leve perturbación que merece la pena ser investigada. Arcilla parpadea una, dos veces, mueve una oreja y con un quejido, apenas un murmullo sordo mascullado entre sus colmillos, se incorpora y, renqueante, recorre el comedor hasta llegar al pasillo. Se detiene y durante un instante se orienta hacia la perturbación que ha provocado el fin de su sueño. Restregándose en la pared, se acerca hasta sala porticada y allí, se sienta, bosteza y contempla la escena que se desarrolla ante ella. Sentado en un pequeño taburete de tres pies, está Etéocles, el pintor, el maestro de artistas. Su cabello oscuro, del que tan orgulloso se sentía porque el tiempo no había sido capaz de mancillarlo, está cortado en gruesas guedejas, extendido en el suelo, cubriendo sus pies como un manto. A su espalda, un esclavo de confianza aún sujeta con manos temblorosas las tijeras mientras se cubre el rostro con el borde de su túnica para ocultar las lágrimas que manchan sus mejillas. Etéocles suspira y sujeta con fuerza la lanza que descansa entre sus manos. La madera recién encerada posee un olor intenso que le resulta reconfortante. Sus ojos, velados por una tormenta de presentimientos, siguen los movimientos de su hijo Timón mientras se ajusta su armadura de lino, abrochando las hombreras a los pernos del peto con dedos seguros y expertos, su expresión es severa, concentrada en la labor que realiza. Con un gesto, Etéocles llama a su nieto, un niño de tres años llamado Hemón que acude a su lado, con una mano le acaricia el pelo rizado y espeso y le susurra unas palabras que hacen sonreír al pequeño. Al verlos juntos, Timón tiene una leve duda, si no saliera por la puerta, si se quedara en casa con ellos, si se olvidara de todo ¿sería en verdad la vergüenza tan insoportable como dicen? Pero mientras está resolviendo ese dilema, su cuerpo actúa por costumbres adquiridas y se cuelga el pesado escudo al hombro junto a la bolsa de provisiones que ha preparado el esclavo, se echa el casco sobre las sienes y, sin decir nada, coge la lanza que su padre le tiende con cierto reparo. No hay palabras de despedida entre ellos, no hay necesidad de ellas. Timón mira a su hijo, abrazado a las rodillas de Etéocles, es una imagen que quiere conservar consigo. Junto a la puerta, espera Mélide. Timón le pasa una mano por la nuca y acaricia el suave vello que se extiende por la piel hasta el comienzo de la espalda. Del exterior, llega una algarabía de gritos de hombres, de las lanzas golpeando el suelo, de cientos de pasos dirigiéndose al ágora. Con un suspiro, se aparta de ella y sale por la puerta sin mirar atrás.

Las calles de Atenas son un hervidero de hoplitas y esclavos, sus voces se mezclan en una cacofonía de rumores y promesas. Del interior de las casas, los lamentos de las mujeres y los ancianos atraviesan las delgadas paredes de adobe y se extienden por la ciudad como un palio de pesar hasta concentrarse en único grito de dolor. Timón camina mirando el suelo, algunos conocidos le palmean el hombro y le informan de las últimas noticias. Todos dicen que los medos ya han desembarcado, otros que avanzan hacia la ciudad, algunos incluso le cuentan que si sube a

las murallas podrá ver su caballería a punto de llegar a las puertas. Timón escupe a un lado, de repente tiene un sabor agrio en la boca. Apoyándose en una pared, echa un trago de su cantimplora. Entonces ve a Arcilla que, con paso lento, renqueante, avanza entre un bosque de piernas y lanzas. Cuando llega a su lado, se sienta y lo mira con sus ojos castaños. Timón se guarda la cantimplora. No deberías estar aquí, le dice mientras acaricia su pelo gris. Pero cuando le va a dar la orden de volver a casa un nudo se crea en su garganta y se siente incapaz de separarse de ella. Vamos, Arcilla, nos están esperando.

En el ágora, hay una decena de hombres voceando el nombre de las tribus de Atenas. Erectea, Antioquea, Enea, gritan. Los hoplitas se agrupan en la plaza, formando filas. Timón se coloca junto a sus vecinos de la tribu Leóntida. Y entonces se da cuenta de que Arcilla ha desaparecido. Grita su nombre, mientras se incorpora sobre los dedos de los pies tratando de vislumbrar su pequeño cuerpo y entonces, la ve, tumbada boca arriba junto a un hoplita que le está rascando el suave pelaje de la tripa. Reconoce el escudo. Lo pintó él mismo, hace muchos años. Un Heracles, armado con un bastón, corriendo sobre un campo encharcado. Se acerca por detrás, en silencio, el hoplita está acariciando la garganta de Arcilla, absorto y no se percata de su presencia hasta que Timón susurra su nombre. Paneno.

Hace años, doce para ser exactos, cinco cachorros fueron metidos en un saco con piedras y ahogados en la corriente del río Eridano. El pastor que los había arrojado se quedó contemplando como la saca se hundía lentamente, arrastrada por el peso de las piedras, mientras la camada gritaba y gruñía desesperada. Pronto dejó de oírse la algarabía y sólo quedó el sonido del agua. El pastor escupió un trozo de nuez que había estado masticando y entonó una melodía que había aprendido de joven agradeciendo la generosidad del dios del río por aceptar su ofrenda. Entonces, cuando dejó de cantar, oyó un gemido a su derecha. Entre unas cañas un cachorro lleno de barro gemía desesperado con sus ojos aún entrecerrados y sus patas ensangrentadas. El pastor lo cogió entre sus brazos. No sin cierto reparo, admiró su afán de supervivencia y, encogiéndose de hombros, sostuvo su pequeña cabecita con una mano dispuesto a girarla rápida e indoloramente.

¿Qué haces?, preguntó una voz.

El pastor se volvió. Había dos jóvenes vestidos con la túnica blanca y el sombrero de ala ancha de los efebos, portaban dos palos de madera de fresno, seguramente eran reclutas haciendo guardia en los montes que rodean Atenas, niños jugando a ser hombres. El pastor sonrió y contestó:

Arreglando los errores de una perra demasiado fértil, supongo.

Has matado a una camada de cachorros, afirmó el más alto de los jóvenes.

No necesito a más de dos, los más fuertes, el resto solo serían una molestia.

¿Y el que tienes ahí?

Supongo que ha escapado. No pasa nada. Seguid vuestro camino, seguro que tenéis cosas mejores que hacer;

Te lo compro, dijo el que no había hablado hasta entonces y buscando en el interior de su boca sacó medio óbolo.

El pastor miró primero la moneda que se le ofrecía, después dirigió su atención a los efebos, calibrando su valía, se les veía tan seguros de si mismos, con sus miembros aún jóvenes y fuertes, tan orgullosos, tan soberbios en su juventud. Algo amargo subió por la garganta del pastor y lo escupió en forma de palabras.

No está en venta, niño,, guárdate tu dinero.

Pero si no lo quieres...

No está en venta.

¿Lo quieres de verdad, Timón?, dijo el joven más alto a su compañero. Pues empieza a correr. Y con un gesto, giró su bastón golpeando la mandíbula del pastor. Dientes y sangre manaron de sus labios rotos mientras caía entre los helechos que crecían en la orilla del río escupiendo trozos de encías. Sus ojos, invadidos por lágrimas de dolor, vieron cómo el joven cogía al cachorro y corría tras su compañero, alcanzándolo con facilidad mientras le lanzaba el cachorro sin detenerse. Timón lo agarró en el aire y Paneno soltó una carcajada mientras le decía, cuidado no te manches la túnica, está lleno de barro, pero no te quedes ahí parado Timón, corre, corre, corre....

¡Corred, ahora, corred!, la orden se extiende por toda la línea, cada hombre la grita al que está a su derecha y una enorme criatura de metal y carne se pone en movimiento cuando los hoplitas aprietan el paso. Paneno puede ver la línea persa, allí, a menos de cuatro estadios, una pequeña carrera, sólo eso, ha corrido distancias mayores, sabe que puede hacerlo, musita una breve oración a Hermes mientras calcula en cuántas ocasiones podrán los arqueros persas lanzar sus flechas antes de que lleguen hasta ellos, dos veces, quizás tres si son rápidos. Y entonces, mientras sus piernas aún se están poniendo en movimiento, el sonido de millares de flechas se impone a las gargantas atenienses y caen sobre ellos como una oscura nube de metal y dolor. Dentro de unos años, esos hoplitas serán conocidos como los veteranos de Maratón, la vieja guardia, conservadores de las orgullosas tradiciones de la patria, celosos vigilantes de las costumbres de los ancestros, ancianos cubiertos de cicatrices que aburren a los efebos en los gimnasios y en los dormitorios con historias de los buenos viejos tiempos, historias sobre el valor, la disciplina, el amor a la tierra, en definitiva sobre hacer lo correcto. Pero aquí y ahora, cuando las flechas los golpean en sus petos y cascos, hundiéndose en la carne, casi todos pierden el control de sus esfínteres y una orina, espesa y agria, cae por sus muslos sudorosos dejando un reguero acre a su paso, embarrando el suelo que hollan con sus pies descalzos. Los heridos, con los astiles de las flechas brotando de su carne como flores de pánico, gritan llamando a sus madres, al amigo que pasa a su lado sin detenerse. Otra oleada de flechas, casi seguida a la primera, cae de nuevo sobre los hoplitas, y estos, notan que algo oscuro se agita en su interior deseando salir, miran a la línea persa, con los ojos nublados por el sudor que se derrama desde su frente, aprietan los dientes y piensan en los arqueros, protegidos tras un muro de lanzas y escudos de mimbre y compadecen a esos pobres bastardos, oh, claro que lo hacen, porque van a pasar por encima de ellos, van a destrozarlos y devorar sus huesos. Paneno está ya tan cerca de los persas que puede ver sus gorros de cinco puntas, sus ropajes de colores y, durante un instante, no puede evitar imaginar cómo los hubiera pintado en otra vida, ya olvidada. Ahora, con la última oleada de flechas cayendo ya sin fuerza sobre él, con una bocanada más de aliento que impulse sus piernas, aprieta el paso, se cubre con el escudo, grita ¡Ελελευ! ¡Ελελευ! y sujeta con fuerza su lanza.

El secreto está en coger con fuerza el pincel, le dice Etéocles, pero los trazos tienen que ser suaves, sin forzarlos. Mira a Arcilla, detente en ella, en cómo están distribuidas las líneas y las curvas de su silueta, así, ahora su pelo, las sombras se distribuyen de arriba abajo, a la izquierda y a la derecha, muy bien Paneno, eso es, tienes muy buenas maneras.

Paneno se detiene durante un momento para contemplar a la Arcilla de su tabla y después la compara con la Arcilla real y, pese a las palabras de Etéocles, sabe que todo está mal. Su dibujo no es perfecto y debe serlo. Por el rabillo del ojo, observa cómo Timón mueve su pincel con soltura, llenando el blanco con una figura llena de vida, más real, más hermosa que la Arcilla que bosteza, hastiada de estar sentada durante tanto tiempo sin hacer nada cuando

podría estar persiguiendo cualquier cosa que se moviera. Etéocles suspira, consciente de la pérdida de atención de Paneno. Concéntrate en tu dibujo, le dice, lo estabas haciendo muy bien. No tan bien como él, le contesta con un gruñido el joven, hace que todo parezca tan fácil. Etéocles coge el pincel de Paneno y corrige algunos trazos. ¿Crees que yo nací sabiendo dibujar? Por supuesto que el talento cuenta y que Timón lo tiene, sin duda alguna, pero antes que todo, pintar es una técnica como cualquier otra, hay que ser constante, trabajar hasta que los dedos te sangren, y aún así nadie puede asegurarte que te convertirás en un gran artista si tú no lo eres ya dentro de tu cabeza, si no lo sabe tu corazón. Esa es la gran diferencia, la voluntad. Pero dime una cosa, si no llegaras a ser tan bueno como Timón ¿sería eso tan grave? Sois amigos, su éxito también será el tuyo.

Habían estado tres días vigilando a los persas, cubriendo el camino que llevaba a Atenas, esperando a los espartanos. No había prisa, el tiempo corría a su favor, mientras el ejército persa gastaba sus provisiones sin moverse. Hasta esa mañana, cuando los persas comenzaron a embarcar a su caballería en los barcos que fondeaban en la bahía. Los atenienses contemplaron cómo se desarrollaba la operación murmurando, pensaban que se tenía que hacer algo, miraban a sus estrategos, reunidos en un círculo, los veían discutir, agitando sus manos, negando con las cabezas. Milciades le gritaba a Calímaco mientras lo retenía sujetando su brazo. Calímaco asintió y dirigiéndose al resto de oficiales les dio la orden. Va a haber movimiento, dijo alguien al ver cómo terminaba ese pequeño drama. Los persas habían cometido un error, dividiendo su ejército delante de su enemigo, prescindiendo de su caballería al embarcarla en primer lugar perdiendo así su mayor ventaja sobre el ejército ático. Calímaco había pensado que tendrían el tiempo suficiente para entablar combate con lo que quedaba de los persas en tierra y después volver a Atenas para su defensa, antes de que llegaran los barcos de los invasores. Dispuso su línea de batalla aligerando las filas del centro que de ocho pasaron a cuatro mientras las alas permanecían intactas en su número. Pensaba, quizás, que aunque perdiera el centro las alas aguantarían y no les cercarían lo que era su mayor temor, una batalla de aniquilamiento que dejara a Atenas indefensa. Allí estaban todos los hombres útiles de Atenas, casi diez mil, eran el verdadero muro de la ciudad, si perdía el ejército lo perderían todo. La tribu de Timón formaba parte del débil centro ateniense, sufrió la oleada de flechas como el resto del ejército y llegó hasta la línea persa. Allí los esperaba la élite de la infantería del Rey de Reyes y pese al ímpetu de la carrera, el impacto contra los persas fue menor y pronto se encontraron retrocediendo lentamente ante el empuje de sus adversarios. Timón, situado en la tercera fila, empuja con su escudo al hombre que tiene delante, apoyando su ataque, mira a su derecha y ve que hay demasiados huecos, que las cimbras de los cascos griegos, ondulan y caen. El hombre que lo precede desaparece en una explosión de sangre y un rostro barbado lo sustituye, abalanzándose sobre Timón. Por puro instinto, Timón levanta la lanza y clava la punta entre los ojos del persa. Nota un golpe seco cuando el metal penetra en el hueso astillándolo en un millar de pequeñas esquirlas. De un tirón, recupera su lanza y hace frente a otro cuerpo que se le echa encima con rapidez. Arcilla se abalanza sobre el persa y muerde con fuerza el tobillo cubierto por un pantalón multicolor. El persa lanza un aullido de dolor y Timón lo atraviesa con su lanza. Arcilla presa de un instinto salvaje que simplemente no quiere retener, lanza dentelladas sin compasión, dejando a su paso un reguero de sangre y trozos de músculo y tela. Ahora, ya no hay dolor en su cadera ni sus huesos son viejos, sólo queda el deseo, oscuro y carmesí, de desgarrar la carne de sus presas y limpiarse el pelo con su sangre. De repente, siente un tirón y algo la levanta en el aire. Un persa la ha agarrado de la piel del pellejo y, con su brazo extendido, se mantiene lejos del alcance de su boca. Con un grito de triunfo, el persa se gira hacia sus compatriotas y levanta su cuchillo curvo dispuesto a segar el cuello de ese

animal salvaje y rabioso. Arcilla no siente miedo, su hocico capta el olor del sudor del hombre, de la sangre que gotea del cuchillo, y enseña los dientes cuando la hoja cae sobre ella. El borde de un escudo golpea el rostro del persa, cae al suelo con su mandíbula deshecha por el impacto, su mano aún sujeta a Arcilla con unos dedos engarfiados por el dolor. Timón se pone sobre él, con las rodillas sobre el pecho del persa y deja caer su escudo una y otra vez: Suelta, ¡GOLPE!, a mí, ¡GOLPE!, perra ¡GOLPE!, hijo de puta. Los dedos del persa por fin se abren y Arcilla escapa de su presa. Los ojos del medo se mueven de un lado a otro, ciegos en su tormento, intentando comprender lo que ha pasado, con su rostro convertido en un amasijo de carne machacada. Timón se incorpora, escupe al persa y coge su cuchillo. Sabe que sigue allí, en Maratón, pero su mente está lejos, en Atenas, en casa, puede ver a su padre y a su hijo, recordar cada línea de sus rostros, el sonido de su risa, el aire no le trae el olor de la sangre y la muerte, sino el del cabello de ella por la mañana, cuando el sol lo baña con su luz calentándolo lentamente, sus labios ya no están resecos, hay un ligero sabor a uva y miel. Está bien, susurra, todo está bien. Y después carga contra el muro de escudos persa.

El taller de Paneno está situado cerca de la puerta que lleva al Cerámico. La noche es silenciosa, fría, llena de sombras que se mueven bajo la atenta mirada de los gatos callejeros. Paneno está sentado con un pincel en las manos, su cara manchada de pintura, su pelo cubierto de un polvo espeso como la arena. El aire huele a cera caliente, a madera, a colores mezclados. Sus ojeras son profundas, sus ojos se han hundido como si hubieran excavado la carne, cavidades oscuras en las que se remueven inquietos. Con dedos tensos, temblorosos, se mesa la barba y contempla su obra. Lucha de amazonas y centauros. Cuerpos azulados moviéndose bajo un cielo carmesí, miembros ensangrentados entrelazados en combate, imágenes de dolor y de deseo. Es magnífica, dice Timón admirando cada detalle con detenimiento, sin duda es tu mejor obra. Paneno cierra los ojos, está demasiado cansado para contestar, lleva tres noches sin dormir y apenas ha probado bocado. Arcilla se enrosca entre sus piernas, buscando calor y él la acaricia distraídamente. ¿Has terminado ya el tuyo?, le pregunta a Timón. Este afirma con la cabeza mientras recorre con un dedo el rostro de una amazona moribunda. A veces es tan difícil ser tu amigo, susurra Paneno. Timón lo mira y Paneno continúa mientras arranca pintura seca del pincel:

He visto tu obra. Comparada con ella, esta es ridícula, una broma de mal gusto. Sé que no puedo llegar a tu nivel, no importa lo que haga, no importa lo que me esfuerce. Ambos sabemos que no podré ganar el certamen si tú participas.

No continúes, Paneno, no digas nada de lo que puedas arrepentirte.

Sólo te estoy pidiendo un favor. Sólo esta vez. No te presentes.

Sabes que no puedo hacer eso. Por mí y sobre todo por ti.

Entonces, creo que deberías salir de mi casa.

Paneno no volvió a pintar nada más desde aquella noche. Timón no se presentó al certamen. El nombre del ganador se ha perdido en la niebla del tiempo.

Los barcos persas se dirigen hacia Atenas con los restos de su ejército. Y los vencedores, agotados tras la lucha, se ponen en marcha para volver a la ciudad antes de que los bárbaros puedan desembarcar de nuevo y asaltar las indefensas murallas de la polis. Los ciudadanos de las diezmadas tribus que han soportado el combate en el centro del dispositivo ateniense se quedan para cuidar de los heridos y rematar a los persas moribundos. El resto del ejército empieza a correr de nuevo, con los escudos colgando de los hombros, sus lanzas quebradas y los cascos mellados. Paneno se detiene para dar las gracias a Hermes y Atenea por haber sobrevivido y comienza la carrera. Tiene una herida de flecha en el muslo y un golpe en el brazo que sujeta el

escudo. No puede seguir el ritmo de sus compañeros desde la playa y pronto queda rezagado, renqueante, tiene que pararse para tomar aire y entonces la ve, un pequeño cuerpo en mitad del campo de batalla. Se acerca a ella en silencio. Arcilla está sentada junto al cuerpo de Timón. Paneno se arrodilla a su lado y acaricia la cabeza de la perra. Su pelo está apelmazado, sucio y huele a sangre seca. Timón tiene media docena de heridas, sus ojos abiertos miran al cielo, endureciéndose al contacto del aire. Paneno coge su mano, su piel está fría y tiene los dedos rotos. Con cuidado los acerca a sus labios y los besa. Después, busca el escudo, con el toro pintado por Etéocles, y lo coloca sobre el cuerpo de su amigo. Arcilla se tumba junto a su amo, como ha hecho en tantas ocasiones y cierra los ojos. ¿No es así como deberíamos dormir?, le susurra Paneno, ¿acompañados por los amigos que nos aman?

Dos días antes de la batalla. Paneno no puede dormir, como le sucede desde hace años y se está encargando de mantener la hoguera encendida. A su alrededor cientos de hombres dormitan, envueltos en sus mantos, con la cabeza sobre sus escudos, puede oír las pesadas respiraciones elevándose en la noche. No hay nubes en el cielo y las constelaciones brillan como si nada les importara. Intenta no pensar en la batalla que vendrá, en si morirá o no, si se comportará con valor o si será un cobarde. Con una rama dibuja figuras en la tierra hasta que se da cuenta de lo que está haciendo y las borra con el pie. Un hocico húmedo se posa en su mano. Los ojos de Arcilla reflejan las llamas y lo miran como si pudieran leer dentro de su alma y descubrir quién es en realidad. Timón se sienta a su lado, sin decir nada, coge la rama que sujetaba Paneno y la arroja a las llamas provocando una pequeña tormenta de chispas. Durante un rato no dicen nada. Lentamente, la luna se mueve en el cielo, Arcilla dormita entre Timón y Paneno, una mano le acaricia la cabeza, la otra el lomo y no puede decir cuál pertenece a uno y a otro. Sólo sabe que así deberían ser siempre las cosas. Entonces Timón se incorpora, se ajusta el manto sobre el cuerpo y dice “Nunca te di las gracias por aquel día, cuando encontramos a Arcilla. Ojalá puedas perdonarme por ello” y se va perdiéndose entre las hogueras. Paneno se baja el sombrero sobre los ojos, no quiere que lo vean llorar y sólo espera que las llamas sequen sus mejillas antes de que amanezca.

Hoy es un día especial en Atenas. Hoy se inaugura la Stoa Poikile y allí los ciudadanos de Atenas contemplan orgullosos su historia pasada y presente. Las pinturas son asombrosas, tan reales que parece que vayan a saltar de las tablas, héroes, dioses y ciudadanos todos juntos formando un único cuerpo perfecto, la ciudad de Atenas. Pero sobre todo los atenienses se detienen en la representación que han hecho de la batalla de maratón. Algunos de los mayores creen reconocerse en algunos de los hoplitas pintados que cargan contra los persas y con emoción hacen fila para estrechar la mano del pintor. Paneno espera paciente mientras todos lo felicitan. Respira hondo y sonrío mientras los veteranos de Maratón con ojos arrasados por las lágrimas lo abrazan. Todo Atenas, del rico al pobre, del libre al esclavo saludan su obra maestra. Pero hay dos figuras que destacan por encima de otras, puestas en el centro del cuadro, captando de inmediato la atención del observador. Un hoplita y su perro. Algunos de los veteranos recuerdan haberlos visto en la batalla y sonrían con complicidad, los que no saben quienes son le preguntan a Paneno. Son dos héroes de Atenas, contesta, no hace falta decir más.

EL CUENTO DEL CABALLERO

Cuando el Abad terminó su relato, todos nos quedamos en silencio disfrutando del calor que habían dejado sus palabras. Con una sonrisa en los labios nos resistíamos a abandonar el mundo que nos había sido descrito con tanto detalle y entusiasmo y sólo la voz del Mercader, pidiendo más vino y castañas, nos hizo regresar, renuentes, al mundo real.

—Continuemos —dijo la Viuda—. ¿Quién es el siguiente?

El Caballero murmuró algo con desaprobación, vació su vaso de un solo trago y mirando su fondo decepcionado, susurró “Ahora que se ha acabado el vino, es mi turno, supongo”.

—Nadie os obliga a participar en este entretenimiento, mi señor —replicó la Viuda. Sus dedos, cubiertos con unos guantes de piel oscura, jugueteaban con una manzana de aspecto lustroso a la que daba ligeros mordiscos por debajo del velo que cubría su rostro por completo.

—Si no os sentís cómodo podéis dejar que vuestra ocasión pase a cualquiera de los presentes —le ofreció el Mercader mientras avivaba el fuego de la chimenea provocando una tormenta de chispas—. Va a ser una noche muy larga, sólo intentamos que sea lo más llevadera posible.

—No, no, todo está bien. Os pido disculpas si os parezco un tanto hosco. Es solo que esta tempestad que sufrimos y la lluvia y el viento que la acompañan tienen la facultad de agriar mi carácter y, creyendo que es un privilegio que tenemos los ancianos, quizás alguna palabra haya salido de mi boca cuando no debería haberlo hecho. No me lo tengáis en cuenta, no es mi intención ni tampoco mi voluntad que malos humores arruinen esta velada. Seguiré con gran placer el juego, si ese es vuestro deseo como así, sin duda, es el mío. Dejad entonces que comience mi narración y vea si soy capaz de superar a nuestro ingenioso Abad. Os ruego silencio, paciencia y, cuando haya terminado mi relato, sed clementes con vuestro juicio y justos con vuestro veredicto. Dios os lo sabrá recompensar. Sabed, pues, que, como delata la gastada cruz cosida en mi jubón, cuando apenas era un muchacho, me puse al servicio de nuestro Señor Jesucristo en el auxilio de su mayor y más sagrada causa. Y no dudéis que hubiera llegado hasta el final, hasta las puertas de la Ciudad Santa, hasta sus mismas murallas y que las habría escalado con la única ayuda de mis manos desnudas y el deseo de honrar a Nuestro Señor, si el peso de mis pecados, tan abrumador para mi miserable y pobre alma, no me hubiera obligado a abandonar el viaje, rompiendo así el juramento libremente dado ante la Sagrada Forma y asegurándome, por tanto, un lugar en el Purgatorio, sino en un sitio peor, cuando llegue el momento de entregar mi último aliento. Recuerdo con toda claridad aquel día. Siempre es difícil olvidar una masacre.

Se ha dicho que la ciudad de Antioquía ardió durante tres días pero lo cierto es que ya no estaba allí para ser testigo de este hecho y por lo tanto ignoro si fueron tres, cuatro o quince y si esto tiene alguna importancia. No os miento, sin embargo, cuando os aseguro que, durante el asalto, fui de los primeros, joven estúpido y valiente, en atravesar la Puerta de Hierro, ávido de gloria, con acero en una mano y fuego en la otra. Y después de eso sólo hubo confusión, sangre, miedo y sombras con las que aún sueño pese a los largos años transcurridos desde entonces. Si alguno de los presentes ha participado en alguna refriega mayor que una pelea en una taberna, sabrá de lo que estoy hablando. No me pidáis más detalles, por favor. Sí os diré, aunque quizás no os guste oírlo, que no hay nada más doloroso para un joven que contemplar el verdadero rostro que se oculta tras los cantares y los poemas de los juglares, tras las historias y los relatos de batallas que le cuentan sus mayores. Y si a eso le unimos la pérdida de un ser querido, como lo era entonces mi primo, entenderéis mucho mejor mi comportamiento posterior. ¿Aún no había mencionado a mi primo? Tendréis que disculpar a este pobre viejo si el hilo de su relato no parece seguir un curso definido. A veces siento la tentación de detenerme más de la cuenta en algún detalle que para vosotros quizás sólo sea un leve accidente en el transcurrir de la historia y

que, sin embargo, para mí es algo fundamental en ella, como una viga maestra, parece que no sirve para nada y en cambio si la retiraras todo el edificio se vendría abajo sin remisión. Más tarde os hablaré de mi primo, mi viga maestra. Volvamos ahora al asalto, volvamos sin apartar la vista, sin rendirnos a la memoria, volvamos a mi juventud.

Aún no había amanecido cuando, hastiado por la carnicería, cubierto de sangre y heces, abandoné el grupo al que me había unido durante el saqueo. Mientras recorría las calles, estrechas y sinuosas como los senderos de un laberinto, fiel espejo de las turbulencias en las que se estaba perdiendo mi razón, le rogué a Dios que me mostrara el camino que debía seguir. Resbalando en los adoquines húmedos por los restos aún calientes de decenas de cuerpos, caí de rodillas y, humillado, con el alma desnuda en mi desesperación, supe qué era lo que tenía que hacer. Y así como la serpiente muda su piel, así fue como decidí ser una persona distinta a la que había sido hasta entonces. Salté de nuevo la muralla, esta vez en dirección contraria y, evitando las columnas de refugiados que huían de las llamas y el caos, llegué hasta la linde de un pequeño bosque de cedros situado en la falda de una colina que, por alguna razón que se me escapaba, había evitado la devastación provocada por nuestro asedio. Miré hacia atrás, en dirección a la ciudad, el calor que emanaba de sus restos ardientes secó las lágrimas de mi rostro, limpiando cualquier duda que pudiera albergar en mi corazón. Después, entré en el bosque. En un pequeño claro, un árbol de ramas secas y corteza negra crecía solitario, abandonado como un rey desterrado. Era un testigo tan bueno como cualquier otro. Sin mucha ceremonia, me despojé de todo lo que hasta entonces me había sido más querido, de todo lo que me hacía ser quien era. Mi cota de malla, cuyo coste pagó mi padre con el aval de las pocas tierras que aún eran de su posesión, mi espada, mi bendita espada tan amada como a la amiga más dulce que jamás hubiera tenido, mis guantes, mi cinturón, todo ello lo colgué de las ramas del árbol, extraños frutos los que daría ese verano. Solo conservé conmigo mi jubón, una daga y un peine hecho con el hueso de la rodilla de San Esteban. Y por supuesto la bolsa en la que llevaba la cabeza cercenada de mi amado primo. Casi podía escuchar su querida voz llamándome cobarde, apostata y hereje. Nada que no hubiera oído antes. Tuve que golpear varias veces la bolsa con mi puño desnudo para lograr su silencio. “Primo, sed razonable”, le dije acomodándome la bolsa en el hombro. “Volvemos a casa”.

Quizás ahora sea el momento de hablaros un poco de mi primo. En realidad, no nos habíamos visto hasta que ambos nos unimos a la causa de la Sagrada Cruz. Nuestros padres estaban enfrentados por cuestiones familiares perdidas en el tiempo, ya olvidadas por todos excepto por ellos mismos, pero como los dos éramos jóvenes y no teníamos rencores encadenados al pasado que pudieran envenenar nuestra relación, obviamos las magras rencillas de nuestros mayores y nos prometimos amistad eterna. Durante el día cabalgábamos juntos, legua tras legua, y por la noche, en el campamento, dormíamos bajo la misma manta tratando de hallar un poco de calor bajo las estrellas. Era entonces cuando, antes de quedarse dormido, con un timbre dulce y cálido, hablaba de su hogar, de las más hermosas torres de la cristiandad, de los fértiles valles y los caudalosos ríos que regaban sus posesiones. Mi familia, empobrecida por la pésima gestión de mi padre y algún que otro rescate de batalla, se tenía que contentar con una miserable choza con empalizada que ni siquiera en un alarde de generosidad o puede que de locura se podía definir como castillo. Hacía tiempo que había asumido que mi futura herencia, al ser un séptimo hijo, sería un puñado de barro y paja. Las palabras de mi primo estimulaban mi imaginación y el anhelo de tener algo de lo que poder sentirme orgulloso, conquistado por la fuerza de mi brazo. Y de ahí, mi voluntad de ser el primero en asaltar las murallas por delante de él y puede que esa misma ambición fuera el motivo de nuestra última disputa. Ya no recuerdo por qué peleamos, si era por una copa de formas hermosas encontrada en las ruinas humeantes de una casa o por un puñado de

monedas arrancadas de las tripas de un judío demasiado avaricioso. Ambos estábamos nerviosos, excitados por la batalla, todo a nuestro alrededor era un crepitar de llamas y gritos y el sonido del metal chocando con más metal. Y así, unas palabras demasiado acaloradas, desafiantes, teniendo como testigos a nuestros camaradas, hombres de armas como lo éramos nosotros mismos, llevaron a la necesidad, no, rectifico, a la obligación de encontrar una satisfacción. Yo no era ni más hábil, ni más fuerte que él, mis armas no eran mejores ni su filo era más afilado, sin embargo tuve de mi lado a la Divina Providencia. Y ella marcó la diferencia. Cuando me quise dar cuenta, su cuerpo ensangrentado estaba tirado en un charco oscuro, a mis pies. Respirando con dificultad por el esfuerzo realizado me arrodille junto a lo que una vez fue una de mis personas más queridas y recé por su alma. Después, siguiendo un impulso, le corté la cabeza y la guardé en mi bolsa. Fue allí mismo, con su cuerpo aún caliente, cuando empezó a hablarme. Brujería, pensareis. O quizás que me había vuelto loco, ¿verdad? No, loco no. Y creedme cuando os digo que sé distinguir la brujería en cuanto la veo, no me miréis así, señor abad, que puedo leer vuestros pensamientos tan sólo con observar el gesto de vuestros labios. Esto era algo completamente diferente. Su voz era como un murmullo, como cuando se te mete agua en los oídos y parece que tienes el mar encerrado en tu cráneo. A veces podía encontrar un sentido a lo que decía, en otras, en cambio, solo era eso, un rumor, un conjunto de palabras unidas por una lógica que escapa a cualquier intento que pudiera hacer yo por aprehenderla. Pese a nuestra sangrienta disputa, el amor que había llegado a sentir por él seguía inalterable y me impuse la obligación de devolver sus restos a su hogar como era justicia y buen hacer en un cristiano.

No os cansaré con el relato de mi viaje de vuelta. Solo diré que atravesé desiertos y bosques, el mar, colinas y campos estériles, montañas tan altas como las murallas del Paraíso, siempre caminando, siempre solo, excepto por los fantasmas con los que cargaba. Evitaba las ciudades y los pueblos grandes, dormía a la intemperie y mi aspecto era el de un mendigo. Una jornada sucedía a la otra sin que nada las diferenciara excepto el terreno que pisaba al finalizar el día. A veces comía, algo de caza menor lo suficientemente estúpida como para caer en mis torpes trampas, o restos medio devorados por los osos y los lobos que podía encontrar en mitad de la floresta, pero las más de las ocasiones era el hambre lo que llenaba mi estómago, una espada clavada en mis entrañas que me impedía descansar o pensar sobre mi situación, y esto último era algo por lo que le estaba agradecido. Poco quedaba ya del orgulloso cruzado, del hijo del noble dispuesto a reconquistar Tierra Santa, sólo una cáscara vacía, piel y huesos sin nada que los sostuviera por dentro.

Estaba todavía lejos de mi país, puede que a un mes o más de camino, en una tierra extraña, agreste y solitaria cuando la vi. Colgaba de un árbol de ramas fuertes y frondosas, de hojas verdes con forma de cuchilla. El viento movía con suavidad su cuerpo de carne desgastada como si danzara con ella al son de una música inaudible. Los pájaros habían devorado su rostro dejando apenas un trozo de piel gris cubriendo sus mejillas. Sus muñecas descarnadas estaban sujetas con un haz de hiedra. Pero su pelo, rojo como un atardecer de verano, seguía suave y fresco como lo había sido cuando estaba viva. Durante mi camino y antes de él, había visto muchos cadáveres. Hombres, mujeres y niños y animales de todas las especies. A veces, durante el delirio del hambre, llegué a creer que el olor de la muerte emanaba de todas las cosas que me rodeaban, incluso de las rocas y el agua. acostumbrado a su presencia, nada de lo que viera podía apartarme del sendero que me había marcado. Y sin embargo, aquella vez, casi sin pensarlo, saqué mi cuchillo de su funda y encaramándome al árbol corté la cuerda que la sujetaba. Después, gasté la tarde cavando una tumba profunda y con toda la delicadeza que pude, la deposité en el fondo de la fosa, cortando, antes de cubrirla con la tierra, un mechón de sus cabellos rojos que guardé en un

bolsillo de mi jubón. De alguna parte llegó el aullido de un lobo y como estaba oscureciendo dirigí una oración rápida al Señor por el descanso de su alma y prometí que cuando llegara a mi país, depositaría una limosna en la casa del señor abad para que oficiara dos misas y dirigiera diez ave marías a la Dulce Madre. Esa misma noche, con la espalda apoyada en una roca, dormí un sueño ligero, sin pesadillas, del que desperté cuando los primeros copos de nieve empezaron a caer. Me arrebujé en mi capa y esperé desvelado a que llegara la mañana. Con las primeras luces vi que llegaba por el sendero un grupo de viajeros, eran media docena, los encabezaba un jinete cuyas armas, vestimenta y ademanes delataban un origen noble. Justo a su lado un monje de casucha gris montaba un mulo del mismo color y detrás de ellos el resto de la comitiva, un puñado de haraganes con armas de cazadores que sujetaban una trailla con tres sabuesos, grandes como caballos y de belfos sanguinolentos, que gruñeron al verme. El noble hizo un ademán y todos detuvieron su marcha. Sacudiéndome la nieve, me levante mostrando la cruz que tenía en mi jubón y decliné mi linaje, incluyendo el nombre de mi padre y de mi abuelo y mi país de origen. El noble acarició el cuello de su caballo, miró al monje, que se encogió de hombros con displicencia, y sacando una manzana de su bolsa me la arrojó.

—Tenéis aspecto de tener hambre, amigo y primo, alimentaros con esa manzana si lo deseáis. En esta tierra son un bien escaso. Y si deseáis algo más, mi bolsa es vuestra, si os place.

—Os lo agradezco, la comeré con gusto. Como podéis observar tengo pocas pertenencias pero si gustáis de algo hacédmelo saber para poder devolveros la cortesía. Hermosos perros los que os siguen. ¿Váis de caza, primo?

—Así es. Y me sorprende que me hagáis la pregunta. ¿No sabéis donde estáis?

—He andado mucho, casi siempre sin rumbo y los bosques son todos iguales.

—Entonces dejad que os ilustre sobre la tierra que holláis. Estas son las tierras del señor de Maury. Desde hace un tiempo un demonio con forma de lobo las está devastando, acosando a los campesinos y devorando a sus animales. El señor ha prometido la mano de su hija si alguien le entrega la cabeza de la bestia. Hasta ahora nadie ha podido cazarla pero como podéis ver esa es mi intención. Y yo no pienso fracasar. Antes de tres días, si el Señor me acompaña, la bestia estará muerta, su cabeza decorará un salón y yo habré conseguido esposa, una capa de piel de lobo para los días de invierno y tierras sobre las que ejercer mi voluntad para mayor gloria de mi familia.

—Es un noble cometido, mi señor. Os deseo que la fortuna os sea propicia.

—Supongo que tenéis experiencia en caza, primo. Durante el camino he perdido un par de hombres por unas fiebres malignas y me vendría bien algún refuerzo que supiera montar y manejar una lanza. Y, además, si he de ser totalmente sincero, alguien con el que pudiera hablar de igual a igual. Uniros a mi compañía, por favor.

—Os agradezco de nuevo vuestra generosidad pero debo declinar vuestra oferta. Mi camino no es el mismo que el vuestro, mi señor. Os ruego que me perdonéis.

—Nada hay que perdonar. Que el Señor esté contigo.

Y con un gesto se pusieron en marcha y lentamente dejé de oír los cascots del caballo, los gruñidos de los perros y la conversación de los hombres mientras se alejaban por el sendero. Devoré la manzana y yo también me puse en camino.

Dos días más tarde de ese encuentro, volvía a estar cansado y hambriento. Había llovido durante la noche anterior y me sentía mareado y enfermo. Por eso al ver el castillo dejé a un lado mis reticencias a volver a tener contacto con mis semejantes y me arrastré como un pordiosero hasta su entrada. La tierra que lo rodeaba era llana y se extendía en todas las direcciones como un desierto baldío. Nada parecía crecer o prosperar en la zona de influencia de la fortaleza. Su

empalizada estaba hecha de madera oscura y gastada, una puerta sin vigilancia, abierta de par en par daba entrada a un patio en el que se levantaban unas cuadras, depósitos de grano y una miserable porqueriza. En el centro del recinto dominaba una torre hecha con el mismo material basto y sin trabajar con el que se había provisto a la empalizada. Allí, junto a la puerta de la torre, un anciano sentado en una silla daba de comer a unas gallinas escuálidas. Sus pobres vestimentas, que sin duda habían visto días mejores, estaban llenas de barro y manchas reseca. Su barba era cana y sus cabellos, también blancos, crecían en escasos matojos de un cráneo del color de la ceniza. Cuando me acerqué a él sus ojos me miraron bizqueantes, su boca se abrió con la sorpresa y se levanto con dificultad dejando caer la silla y espantando a las gallinas que se escaparon, asustadas, en todas las direcciones lanzando cloqueos de indignación.

—Hijo, hijo mío —susurró con la voz ronca por la emoción—. Has vuelto, por fin, has vuelto a casa.

Me abrazó con fuerza, sus manos se agarraron a mis brazos con la desesperación de un naufrago.

—Todo el mundo decía que debía perder la esperanza pero yo sabía que un día volverías, que Nuestro Señor Jesucristo no podía dejarte morir en la tierra de los paganos, en algún desierto lejos de tu hogar.

—Mi señor, esperad un momento, estáis en un err...

Antes de que pudiera continuar el anciano se escabulló dando saltos de alegría en el interior del edificio, llamando a alguien por un nombre que no pude entender. Agotado, levanté la silla y me senté en ella dejando la bolsa a mis pies. Tres padrenuestros más tarde, el anciano salió acompañado de una joven de cabellos negros y piel pálida. Sus ojos grandes y oscuros se posaron en mí y me examinaron con un brillo de inteligencia que no dejaba de ser turbador. Cuando se sintió satisfecha de su examen, la dama se inclinó levemente y después, incorporándose, me besó en la mejilla mientras me decía:

—Mi señor y amigo, sed bienvenido, os estábamos esperando. Os ruego que disculpéis a mi padre, la ausencia de mi hermano ha nublado su entendimiento. No tengáis en cuenta sus palabras, si tenéis la bondad. Padre, acercaros, mirad, no es vuestro hijo el que tenéis delante.

—Nada hay que perdonar, mi señora. Entiendo el dolor y el efecto que tiene sobre las personas perder a quién más se ama. Vuestro padre, con su pena, es a mis ojos sólo menor a un santo. Pero hay una cosa... ¿Habéis dicho que me esperabais?

—Así es. Un joven caballero que os conoce y que se encontró con vos en el bosque hace dos jornadas nos comentó que seguramente vendrías a nuestro hogar.

Entonces, me fijé que atados en un rincón del patio estaban los mastines de la partida de caza y que junto a ellos dormitaban los siervos del joven noble.

—Si os place —continuó la dama—, os llevaré junto a vuestro amigo. Está en el interior, preparándose para la salida de mañana. ¿O quizás preferiréis descansar?

—Esta última opción es demasiado tentadora como para permitirme rechazarla, mi señora.

—Seguidme entonces. Padre, por favor, sentaros al calor del sol. Y taparos bien las piernas, no vayáis a coger frío.

Entramos en la torre. Junto al salón de banquetes una escalera de caracol llevaba a la zona superior del edificio. Seguí a la dama hasta el segundo piso. La habitación era sencilla. Una cama y un par de sillas, nada más. El suelo estaba cubierto por paja fresca. Con un grito la dama espantó a un par de perros de aspecto enfermizo que dormían en una manta junto a la cama. Renuentes, salieron de la habitación no sin antes mirarme con desconfianza. La dama, sonriendo, me acercó una escudilla rebosante de agua y una esponja.

—Os sentiréis mucho mejor cuando os hayáis aseado, mi señor.

—Mi señora, vuestra generosidad es un recuerdo que me acompañará toda la vida.

—¿Queréis que me encargue de vuestra bolsa?

No pude evitar apartar la bolsa con cierta brusquedad cuando ella extendió sus manos para asirla. A esas alturas, la cabeza de mi primo no era algo agradable de contemplar y por supuesto, pese a todos mis esfuerzos, que incluían una cantidad indecente de hierbas aromáticas, abrir la bolsa suponía sufrir el ataque de un espantoso hedor que hubiera hecho que la dulce dama se inclinara sobre su vientre para expulsar todo lo que hubiera comido esa mañana.

—No es necesario, mi señora —le indique inclinando la cabeza levemente a modo de disculpa—. Yo... prefiero que la bolsa esté junto a mí. Lo que contiene me es demasiado querido como para perderlo de vista. No os ofendáis, os lo ruego.

—Mi señor, no ha habido ofensa alguna. Os solicito que os unáis más tarde a nosotros, hemos preparado un banquete que sin duda será de vuestro gusto.

Después de eso, sin añadir nada más, salió de la habitación dejándome solo con mis dudas. Me tumbé en la cama, hacía mucho tiempo desde la última vez que lo había hecho. Miré al techo, a las vigas de madera como el hijo del señor debió hacer cada noche desde el día en que nació.

Cuando desperté el sol empezaba a desaparecer en el horizonte. Salí al patio. Habían encendido algunas antorchas en los rincones más oscuros. La dama estaba en el centro, hablando con siete siervos que por su aspecto e indumentaria identifique como pastores aunque las lanzas que sujetaban y los pesados cuchillos que colgaban de sus cintos los hacía parecer más bien gente sin ley. La dama se volvió cuando me acerqué y me señaló a los hombres.

—Mi señor, les he explicado la situación. Son hombres fieles que aman a mi padre tanto como lo amo yo, si eso es posible. Para ellos siempre ha sido un señor justo y generoso. Y ahora en sus últimos días quieren devolver el bien que se les ha hecho. Os tratarán y obedecerán como lo hubieran hecho con mi propio hermano. Pero ahora vayamos a la torre, mi padre nos espera.

El banquete prometido era un puñado de gachas de avena, huevos y trozos de carne sobre pan duro como una roca. El señor del castillo comía con ganas, me sonreía y escupía con frecuencia al suelo. Un hilo de baba resbalaba por la comisura de sus labios. Su hija, solícita, se lo limpiaba con el mantel y él la recompensaba con un guiño de ojos y una pequeña palmada en el brazo. Yo comí en silencio, contestando con monosílabos a las preguntas que me formulaba el anciano, ávido de noticias de Tierra Santa. El joven noble, que me había saludado efusivamente al verme aparecer en el salón, masticaba su comida en silencio, perdido en pensamientos de caza, gloria y ambición. Los criados comían en un rincón, arrodillados en el suelo, sombras oscuras fundiéndose con más sombras. Podía notar cómo me miraban y observé que no se habían dejado las armas en el exterior de la sala. No podía entender a qué venía su desconfianza, al fin y al cabo el joven noble y sus hombres habían sido invitados para poner fin a los desmanes que la bestia había provocado en su país. Más tarde, una vez acabado el festín, mientras el joven noble cotorreaba con la señora del castillo, yo jugué al ajedrez con el anciano. Pese a que su mente parecía haberse debilitado con la edad, sus maneras con las fichas eran sumamente hábiles y con frecuencia me vi acorralado y más tarde derrotado sin que pudiera haber ofrecido mucha resistencia. Mientras volvíamos a colocar las fichas tras mi última derrota le pregunté al anciano por su hijo. El me miró con gran pena, sujetando un peón entre sus dedos temblorosos.

—Era mi alegría. Mi vida. Lo tuve con mi segunda mujer. Ella...también se fue. No recuerdo dónde. Era muy hermosa. Siempre olía a primavera. Ellas no se llevaban bien. Mi hija no la quería. ¿Dónde está ella? ¿Por qué desaparece la gente a la que amo?

—Mi señor, mi padre está muy cansado —dijo la dama tocándome un hombro—. Creo que ya habéis jugado bastante por hoy. Mañana os espera un día duro. Porque os uniréis a la partida de caza, ¿verdad?

El joven noble me hizo un gesto con la cabeza mientras una sonrisa torcida cruzaba su rostro.

—Creo que mi destino ya ha sido escrito, mi señora, y no precisamente por mí. Mañana cazaremos a la bestia que tanto os ha perjudicado.

Aquella noche mis sueños fueron terribles y oscuros. Me desperté de madrugada. Había voces que llegaban del patio. Me asomé a la ventana. El señor del castillo perseguía a unas gallinas, su cojera lo hacía trastabillar y caerse al barro, con dificultad se ponía de nuevo en pie, con la mugre chorreándole de los canos cabellos. Sus siervos, apoyados en la empalizada, reían cada vez que su señor resbalaba y alentaban sus esfuerzos con palmas y gritos de ánimo. Su hija estaba con ellos, uno de los hombres le pasaba un brazo por la cintura dejando descansar sus dedos sucios en sus caderas. Ella se apoyaba en él, mientras reían juntos. Me alejé de la ventana y sentándome en la cama traté de encontrar una explicación a lo que había visto pero los primeros rayos del sol atravesaron las cortinas sin que hubiera llegado a ninguna conclusión.

La mañana de la caza amaneció fría y gris, una niebla espesa como el aliento de un moribundo cubría las lindes del bosque y toda la tierra que alcanzara la vista. Ateridos de frío, nos envolvíamos en nuestros capotes, intentando controlar el castaño de nuestros dientes. El joven noble, montando en su hermoso corcel bayo, sonreía mientras con una lanza daba instrucciones a sus hombres. Con un gesto, indicó que nos pusiéramos en camino. Formamos una línea con un hombre adelantado sujetando a los perros que ladraban excitados al sentir el aroma de la bestia en el aire que nos rodeaba. Apenas veíamos al compañero que teníamos al lado, eran sombras que se movían en la niebla, entre los árboles de ramas secas. A veces se oía una maldición, otras el sordo golpeo de una lanza contra un escudo, y el relincho de un caballo y las oraciones del cura de la compañía y todo junto era como un sueño, como una escena irreal de la que no podía despertar.

—Allí, allí está el lobo —gritó uno de los hombres del castillo señalando hacia un retazo del bosque que se veía enmarañado y oscuro.

Y hacia allí fuimos, entrando en la floresta, abriéndonos paso en la selva, persiguiendo una sombra. Pronto nos separamos, cada uno por su lado, perdidos en la oscuridad. Nos llamamos a gritos pero el bosque confundía los sonidos multiplicándolos hasta que poco a poco las voces que me llegaban se convirtieron en un rumor lejano e ininteligible. Agotado, me apoyé en un árbol y fui consciente de mi soledad. Obedeciendo a un impulso, a una voz que me susurró al oído, saqué el mechón de cabello de la dama ahorcada del bolsillo donde la había guardado y lo sujete entre los dedos. Entonces, un gruñido quebró el silencio. Lentamente, me di la vuelta para hacer frente al lobo. Era una bestia enorme, de pelo oscuro como la noche apelmazado por sangre seca y vísceras a medio devorar, dientes como cuchillos de carnicero orlaban sus fauces abiertas y rojas. Sus patas traseras se apoyaron en el suelo dispuesto a saltar, yo sujete mi lanza esperando, vamos, bestia, vamos. No tenía miedo. En el fondo sentía que era lo que había estado buscando durante mucho tiempo, una muerte digna, luchando contra un enemigo de Dios, mucho mejor que morir en un camino de hambre y de frío y ser pasto del olvido y el tiempo. Y entonces la bestia posó sus ojos amarillos en el mechón que aún sujetaba entre los dedos y agachando la cerviz se tumbo en el suelo apoyando el hocico en el suelo mientras un agudo gemido de dolor brotaba de su garganta. Entonces vi el collar de color verde que rodeaba su cuello, y los mechones rojos que colgaban de él como cintas ornamentales. Me acerqué a la bestia, aún sujetando la lanza con fuerza, atento a

cualquier movimiento que pudiera hacer. Cuando lo vi mejor me da cuenta de que no era un lobo. Era un perro, enorme y fiero sin duda, pero un perro al fin y al cabo como los que me habían acompañado toda mi vida. Lentamente acerqué mi mano a su cabeza y acaricié su pelo espeso. Sus ojos me observaron durante unos instantes hasta que algo apareció en el claro quebrando ramas y pisoteando el suelo embarrado. El animal se levanto y con una velocidad pasmosa se perdió de nuevo en la niebla. Yo me volví hacia lo que había provocado su huida. Era el caballo del joven noble. Su dueño lo montaba. Y cuando paso a mi lado sin detenerse me fijé que había perdido el brazo derecho a la altura del hombro y alguien había cortado su garganta profundizando hasta el hueso. Sus ojos, aún abiertos miraban hacia ninguna parte mientras el caballo seguía su rumbo siguiendo el mismo camino que había tomado el perro, aún persiguiendo a su presa, desapareciendo en la espesura. Entonces se hizo el silencio de nuevo en el bosque, podía oír mi propia respiración. Era un silencio antinatural, sabía que alguien me observaba, que estaba esperando que me moviera. Mis ojos escudriñaron la niebla sin ver nada. Un silbido, luego otro respondiendo, y pasos acercándose a mi posición. "Falta el cruzado, el que lleva la bolsa", susurró una voz. "Silencio", contestó otra a mi izquierda, "puede estar por aquí, esta niebla... Formad una línea. Y recordad, lo que haya en la bolsa para la señora". Empecé a correr alejándome de las voces. Cuando escucharon mis pasos pude oír sus gritos llamándose unos a otros y el sonido de sus pasos acercándose a la carrera. Jabalinas volaron en la niebla, rasgándola con sus siseos, clavándose en árboles, astillando la madera. Estaba agotado, sabía que pronto me atraparían, como a una bestia salvaje, las ramas bajas y las zarzas me rasgaron el rostro y las manos mientras me abría paso con la fuerza que da la desesperación. De repente, el terreno que había bajo mis pies desapareció y caí al vacío y la oscuridad.

Desperté en una zanja. Lo primero que vi fue el rostro del sacerdote de la compañía del joven noble. Sus ojos muertos miraban al cielo estrellado, su frente rota en un millar de astillas por el golpe de una maza. A mí alrededor, ocupando toda la zanja había una multitud de cuerpos, unos encima de otros, con sus miembros desnudos y fríos. El hedor era espantoso, podía sentir los gusanos devorar la piel de los muertos y a las moscas volar a mi alrededor como un coro de ángeles perdidos. Mis dedos se agarraron a la tierra húmeda, el cielo brillaba en lo alto, tan lejano e inalcanzable como el Paraíso, mis pies se apoyaron en las costillas del sacerdote y me impulse intentado alcanzar el borde del foso pero estaba demasiado débil, y sólo pude gemir y maldecir mi fortuna. Entonces, vi que entre los cadáveres se movía una sombra cubierta por un manto oscuro y una capucha. Movía los brazos y las piernas de los muertos mientras cantaban suavemente una tonada que no pude distinguir. De repente, alzó su rostro y al mirarme una sonrisa rajó la espectral palidez de su rostro. Después alzó un dedo largo y seco como la rama de un árbol muerto, y se lo llevó a los labios pidiendo silencio. No me acuerdo si grité, lloré o me arrodillé pidiendo clemencia, sólo recuerdo que sacando fuerzas de donde ya no había me incorporé y agarrándome a raíces y piedras afiladas, con mis músculos al borde de la rendición, conseguí salir del pozo y cuando mi cuerpo cayó en la nieve di gracias a Dios y todos los santos por haberme permitido salvar mi miserable vida. Me arrastré lentamente, adentrándome en el bosque, al otro lado de la escasa floresta podía ver la sombra del castillo. Sólo entonces fui consciente de que había perdido mi bolsa. Quizás fue en mi huida atravesando el bosque. Esa falta me obligaba ahora a repararla pese a que todo mi cuerpo gritaba para que me alejara de ese lugar impío y maldito a los ojos de Dios. Sabía que la bolsa estaba en el castillo. Sabía que la tenía ella. Y sabía que no podía dejarla atrás. Entonces, iluminado por la luna, vi al perro, esperándome sentado junto a una roca. Al acercarme, se levantó y gruñendo se acercó hasta un claro en el bosque. Allí, cubierta por un manto de ramas secas, había una puerta y junto a ella una antorcha y

yesca. Abrí la puerta e iluminándome con la antorcha seguí al animal que parecía saber muy bien adónde iba. Avanzamos durante lo que me parecieron horas hasta una nueva puerta. El perro arañó con sus patas la madera, en ella se veían marcadas las huellas de que lo había hecho muy a menudo durante las últimas semanas. Con una mano aparté el enorme cuello peludo y empujé la puerta rezando para que las bisagras no hicieran mucho ruido. La puerta daba a una sala decorada con tapices y alfombras rojas. Junto a un espejo de cuerpo entero había una manta que el perro olisqueó con lo que me pareció cierta nostalgia. Me miré en el espejo. No pude reconocer al muchacho que partió a las cruzadas en el hombre pálido y tembloroso que me contemplaba desde la superficie bruñida. Agotado por el esfuerzo de las últimas horas me senté en una silla y dejé que mi cabeza descansara en mis manos. El perro se acercó y me lamió, su lengua áspera y húmeda me resultaba casi reconfortante. Salí de la habitación sin saber muy bien lo que iba a hacer. En el salón, dormían los guardas, sobre la mesa restos de botellas y las ropas de la compañía de cazadores del joven noble, parecía que se hubieran repartido su despojos y ahora dormían su borrachera. Cerré la puerta lentamente y la atranque con un madero, después ascendí las escaleras hasta el dormitorio principal. El señor dormía en el suelo, sus miembros se agitaban por un sueño y sus manos y pies estaban atados por haces de hiedra verde. Sobre la cama estaba ella. De alguna grieta del techo, un rayo de luna llena atravesaba la estancia y se derramaba por su níveo rostro y bañaba sus cabellos negros como el ala de un cuervo. Fue verla y saber que nunca podría dañar tal belleza, me senté junto a su cuerpo y mi peso sobre el colchón la despertó. Sus ojos se abrieron y me miraron alertas, desafiantes, quizás tratando de decidir si era una pesadilla pero cuando notó el frío de la noche, escuchó los ruidos que provenían de las caballerizas y olió el aroma que el pesado pelaje del perro había dejado en mis ropas, supo que estaba despierta y su expresión cambió, se dulcificó, su boca se entreabrió, tentadora y vi la nívea pureza de sus dientes pero un olor a manzanas marchitas manchaba su aliento. Mi gesto de asco modificó sus rasgos que se contrajeron en una mueca de odio infinito.

—¿No vais a decir nada? Ni siquiera intentar que os tenga clemencia —ella siguió en silencio mirándome sin apartar la vista, orgullosa, terriblemente hermosa—. Supongo que no. La mujer que está colgada en el bosque, ella... Es la dueña del perro, del monstruo, ¿verdad? ¿Era vuestra madrastra? Decidme al menos eso. Calláis. Pero ¿a cuantos habéis engañado con vuestra voz de sirena? ¿A cuanta gente habéis atraído hasta vuestra trampa? ¿Cuantos jóvenes tontos hay en esa fosa? Demasiados, incluso para vos y vuestros perros. Debería degollaros, no me costaría nada y no sería la primera vez que lo hago. No sabéis quien he sido, ni lo que he hecho, ni lo que os haría ahora si me dejara llevar. Pero no puedo haceros daño. Me habéis hechizado, sin duda, no hay otra explicación.

Me levanté de la cama sin decir nada más y abrí la puerta. El perro entró en la habitación, vio a la Dama y un profundo gruñido brotó de su garganta, como si fuera algo que hubiera estado esperando mucho tiempo. Ella me miró durante unos segundos y después escupió al suelo. Salí de la habitación y cerré la puerta a mis espaldas. Después, acumulé toda la paja y la madera que pude conseguir al pie de la torre y le prendí fuego. Escogí un caballo de los establos y armas y una cota de malla y un escudo y otros aperos de un montón que había olvidados junto a las porquerizas. Supuse que a sus dueños no les importaba ya. Allí encontré también mi bolsa, arrojada a un lado y junto a ella el cráneo de mi primo. Con delicadeza, lo guarde dentro sintiendo al hacerlo que el mundo volvía a estar en orden. Y, por fin, haciendo oídos sordos a los gritos que llegaban de la torre en llamas me alejé de allí y no dejé de cabalgar hasta que el sol apareció en el horizonte. Y esa es mi historia, señores."

Cuando el Caballero terminó de hablar, el Mercader le alcanzó un vaso de vino que el

Caballero agradeció con una inclinación de cabeza y vació de un solo trago.

—Perdonad, si os pregunto —dijo el Mercader—. Pero, ¿esa bolsa que descansa a vuestro lado... es la de la historia?

—Sí, aún no he podido cumplir mi promesa. Hemos vagado mucho mi primo y yo, numerosos caminos hemos hollado sin que ninguno nos llevara a nuestro hogar. Y ya no sé si alguno de ellos lo hará algún día.

—Sin duda, grandes eran los pecados de esa gente —musitó el Conde quizá pensando en sus propios pecados—. Y poca es la clemencia que merecían pero aún así dejar a una mujer con la bestia que nos habéis descrito no sé si fue lo más correcto.

—Cierto —le apoyó el Abad—. Deberíais haber dejado que la justicia divina, que sin duda siempre es justa y tarde o temprano acaba por castigar al culpable hubiera hecho su parte en esta historia.

—Habláis por hablar, señores. Es mi historia, mis actos. ¿Y qué sabrán sus señorías sobre la justicia? Además ella no murió. ¿Os sorprende? No, no lo hizo, sobrevivió al fuego y a la bestia y a Dios sabe que más. Lo supe hace diez años. Cuando empecé a oír en tabernas muy parecidas a esta y en chozas en mitad del bosque y en las plazas de las ciudades historias sobre lobos y madrastras malvadas y manzanas envenenadas. Pregunté tratando de hallar el origen de todos esos relatos hasta que me hablaron de una viuda que ocultaba su rostro tras un velo. Un rostro lleno de cicatrices horribles y quemaduras mal curadas. Así que, mis señores, si me disculpáis me voy a dormir. Creo que estoy un poco borracho. Y sin duda creo que el cuento que va a contar nuestra viuda a continuación ya lo he oído otras veces y me lo sé de memoria. Que pasen una agradable velada, señores. Demasiado vino, eso es lo que pasa.

Y con paso dubitativo el caballero se encaminó hacia las escaleras sujetando la bolsa con una mano. Permanecimos unos instantes en silencio mirando a la Viuda, su pecho subía y bajaba y el pulso de su cuello golpeaba su piel como un tambor.

—Como ha dicho el caballero es mi turno. Así que comenzaré mi historia, si nadie tiene nada que añadir.

Permanecimos en silencio y dejamos que empezara a hablar.

MIL

Cada noche, ella le cuenta una historia. Acaricia los cabellos del sultán mientras sus palabras bailan entrelazadas con la luz de la luna. En silencio, le ruego a Allah, el Compasivo, por ella. Pero hoy no me escucha. Con un gesto de su mano, el sultán me ordena que cumpla con mi deber. Con delicadeza, apoyo su cabeza en ese maldito escalón. Mi cimitarra susurra y su voz calla para siempre. Cuando vuelvo a casa, mi hija, mi luz, se sienta en mis rodillas y suplica que le cuente una historia. “No, Sherezade, hoy no”. Y la abrazo mientras oculto mi rostro entre sus cabellos negros como la noche.

ULTIMO CANTO: EXTRACTO DE LA NOVELA "LA PIEDRA Y LA LUNA"

DISPONIBLE EN AMAZON

CAPITULO I —EL MURO—

"Sabía que hoy no iba a ser un buen día", pensó Delmacio mientras vigilaba el páramo picto desde la seguridad del muro.

En la distancia, distinguió una figura oscura, apenas mayor que una mota de polvo solitaria flotando en el austero horizonte que dibujaban las pequeñas y rocosas elevaciones de las colinas. Pese a que la sombra se acercaba, poco a poco, paso a paso, aún le quedaba un buen camino hasta llegar al fuerte y, para su desgracia, la vista de Delmacio no era tan aguda ni tan precisa como antaño cuando era joven, fuerte y estúpido. Así que, si alguien le hubiera preguntado, Delmacio habría contestado que aquella lejana silueta bien podía pertenecer a un hombre o una mujer o incluso a un árbol al que le hubieran brotado de su seco tronco un par de piernas y que, por algún extraño y olvidado resquemor, hubiera decidido arruinar la mañana del anciano soldado. Y eso en el caso de que algún árbol tuviera el loco capricho de crecer en aquel erial. Solo el brezo se atrevía a echar raíces en esa tierra dura y seca. Brezo y más brezo allá donde miraras, tanto como quisieras, hasta atragantarte.

Delmacio escupió su disgusto a través de los huecos abiertos por el tiempo en su dentadura. Siguió con la mirada la espesa saliva que cayó, como una gota de lluvia huérfana, al otro lado del muro. "Vamos", susurró en voz baja dirigiéndose al extraño que seguía avanzando hacia la entrada del fuerte, "da la vuelta y vuelve alapestoso agujero del que hayas salido, hoy estoy demasiado cansado para matarte. Quizás mañana tenga más ánimo para abrirte un agujero en el cuerpo pero hoy no, por favor, hoy no es el día". Un sordo entrechocar de metal y madera a su espalda lo distrajo de sus pensamientos. El chico estaba subiendo las escaleras, con el escudo colgando de su hombro, una lanza en la mano y un casco que le venía grande coronando su cabeza.

—Vi... vi...viene alguien —le informó el muchacho mientras trataba de retener el aire que escapaba sin remedio de sus pulmones—. Se a... a... acerca desde las colinas.

—Ya lo sé. No estoy ciego, novato. Aún no —A esta afirmación, el muchacho contestó con una leve duda que asomó tímida y silenciosa en su mirada. Al descubrirla, Delmacio le lanzó un hosco gruñido—. Llevo más años de los que te puedas hacer a la idea vigilando este horizonte, chico, más de los que tú estás en este mundo seguro que sí. Ahora mismo podría decirte cuántas piedras hay desde aquí hasta aquellas colinas negras de ahí enfrente, las que parecen dos tetas. Así que podrás suponer que cualquier leve alteración de esta mierda de paisaje no me pasaría desapercibida. Y menos aún si se mueve, acercándose hacia aquí.

—¿Alertamos al *biarchus*? —preguntó el recluta mientras anudaba las cintas de cuero del casco, ajustándolas bajo su mandíbula.

—No. Todavía está en la cama, recuperándose de la guardia de anoche —en realidad estaba durmiendo la mona después de casi acabar con sus escasas reservas de cerveza y posca pero Delmacio se abstuvo de comentarlo en voz alta. No estaría bien hacerlo, no sería lo correcto. Todavía era un soldado. Aun le debía algo de respeto a su superior y amigo—. Por lo que veo, solo es uno. No creo que cause problemas. Aunque claro, con estas cosas nunca se sabe. Siempre te puedes llevar alguna sorpresa desagradable.

—¿Y si fueran más de uno? —susurró el muchacho sin poder disimular la emoción que se ocultaba tras sus palabras— ¿Y si es un asalto al muro? Quizás es una distracción y están escondidos entre el bre...

—Si fueran más, si fuera un asalto organizado, estaríamos muertos antes del mediodía, créeme —le interrumpió Delmacio negando con la cabeza—. No tengas tanta prisa por morir, chico, no es algo agradable. Voy a darles el desayuno a Nilo y las gallinas. Avísame si se sigue

aproximando. Si lo hace... bueno, tú grita un aviso y ya pensaré en algo.

Delmacio bajó renqueando las escaleras que llevaban al patio. Como siempre que se acercaba la lluvia, la vieja herida de su muslo izquierdo le lanzaba furiosas dentelladas. Apretó con fuerza la mandíbula, soportando a duras penas la tentación de lanzar un gemido de dolor. Empezó a contar los escalones. Uno, dos, tres... Conocía cada peldaño mejor que su propio rostro, cada mella en su superficie, la pequeña maleza que brotaba y crecía aprovechando las grietas que, como viejas cicatrices, decoraban la maltratada piedra. Habían sido muchos años subiendo y bajando esas condenadas escaleras para cumplir con su deber y su juramento a Roma y el Emperador. A veces, le parecía que su vida solo se había reducido a eso. A subir y bajar. Una y otra vez. Y de nuevo, otra vez... Doce, trece y catorce. Y el último, por fin. Quince.

Inhaló una bocanada de aire frío y seco y miró a su alrededor. El fuerte tenía dos entradas, la sur daba a la civilización, a Britania, al Imperio. La norte era el camino más seguro para encontrar la muerte, pues ante ella se extendía la tierra que era dominio de los pictos. Delmacio había cruzado esa puerta muchas veces, demasiadas, y cuando la melancolía lo atrapaba por las noches, se preguntaba tumbado en su gastado colchón de paja cómo había sido tan afortunado para volver siempre al muro y a la seguridad de sus viejas piedras cuando tantos camaradas, hombres mucho mejores que él, no lo habían logrado y sus huesos blanqueados, olvidados por el tiempo, jalonaban como macabros hitos los caminos que serpenteaban en el infinito laberinto que crecía entre las colinas y el brezo. “Al final, todo se reduce a eso”, pensó, “a la puta suerte. Y cuando se acaba, adiós”.

Se acercó a la pequeña cuadra que se levantaba a la derecha del patio, donde Nilo, el único caballo de la exigua guarnición del fuerte, espantaba a las moscas con su rabo. Era más tonto que ellas y más terco que un recaudador de impuestos pero Delmacio lo quería como si fuera su propio hermano. Dejó que comiera nueces de la palma de su mano mientras le acariciaba la espesa crin marrón y le susurraba las únicas palabras de cariño que le había dirigido a un ser vivo en los últimos veinte años. Después, repartió un poco de grano a las gallinas mientras les silbaba canciones soeces que había aprendido en su juventud de labios de soldados que hacía mucho tiempo que estaban muertos.

—Se sigue acercando —gritó el muchacho desde la muralla.

—Bueno, no pasa nada, mantén la calma —Delmacio arrojó otro puñado de granos al suelo provocando un revuelo de plumas y cloqueos—. ¿A qué distancia está? ¿Puedes acertarle con el arco?

—Creo que sí.

—Pues lánzale una flecha. De aviso. No lo mates. Hoy no tengo ganas de enterrar carroña picta.

El chico asintió con energía y la visera del casco cayó sobre sus ojos. Levantándola para despejar su visión, colocó una flecha en el arco, apuntó con cuidado y liberó la cuerda que retenía la saeta. Delmacio esperó unos segundos.

—¿Y bien? —preguntó.

—Le ha caído cerca, casi a sus pies —le informó el recluta sin disimular cierto orgullo por lo certero de su lanzamiento—. Pero sigue avanzando.

Delmacio cerró los ojos y masculló una maldición. Definitivamente, entre todos habían conspirado para arruinarle la mañana.

—¿Le disparo otra? —preguntó el muchacho colocando con entusiasmo una nueva flecha en la cuerda del arco.

“Seguro que está deseando clavársela al picto en el culo”, pensó Delmacio. “No le culpo,

yo estoy empezando a desear lo mismo”.

—No. Baja aquí y ayúdame a abrir la puerta.

—¿Va a salir?

—No, voy a abrirla porque me gusta mear al pie de las murallas. Pues claro que voy a salir, tarugo, baja de una vez.

Levantando el listón que la sellaba, empujaron con sus hombros la gastada madera y la puerta se abrió, ronca y perezosa, gimiendo con un aliento de bisagras oxidadas. Antes de salir, Delmacio cogió la gruesa y austera vara de vid que había pertenecido al difunto *centenarius* Barates. En los viejos buenos tiempos, había recibido muchas veces su amargo beso en forma de golpes contra sus riñones. Eso le hizo sonreír con amargura, apenas una mueca de sus labios. “Vaya elemento eras, Barates”, pensó Delmacio, “estás bien en el infierno, viejo cabrón, bendita sea el hacha que te abrió la cabeza”.

—Vigila desde arriba, muchacho. Si pasa algo raro, mata al picto.

—¿Algo raro? ¿Cómo qué?

—Como que me clave una puta lanza en las tripas.

Ajustó al cuerpo su gastado manto de lana y empezó a caminar con largas zancadas, alejándose del muro. Hacía frío, como siempre, chispeaba, como siempre, y el aire olía a corrompido, sí, como siempre. “Puta Britania”, pensó. Un tiempo de pesadilla para un lugar de pesadilla. “Y aquí moriré”, musitó Delmacio en voz baja, “este va a ser el sitio donde mis huesos descansarán para siempre”. Podría haberse retirado hacía años. El emperador, cualquiera de ellos, tantos habían sentado su culo púrpura sobre el trono que ya había perdido la cuenta, le habría regalado por sus largos años de servicio un terreno de labranza, un par de cabezas de ganado y una bolsa de semillas. Pero Delmacio no había conocido otra vida que la milicia. Su padre había servido bajo los estandartes y antes el padre de su padre y así durante varias generaciones. No podría haberse convertido en granjero ni aunque hubiera querido. El fuerte era su hogar y sus hermanos de armas, su verdadera y única familia. Tenía la esperanza de que al final serían unos camaradas generosos y cavarían una tumba profunda para él, así ya no se mojaría más con esa lluvia asquerosa.

Conforme se acercaba a su objetivo, Delmacio observó que el picto era muy pequeño, como un cervatillo a medio formar. “Mejor”, pensó, “así no se romperá la vara si le atizo con ella”. Se detuvieron a menos de diez pasos el uno del otro. Delmacio abrió un poco los ojos sorprendido al ver que el picto era apenas un muchacho, un chiquillo delgado, con el pelo rojo cortado a mordiscos de cuchillo y las mejillas sucias por una miríada de pecas cubiertas de barro y mugre. Identificó alguno de los tatuajes de tinta azul que decoraban los brazos del picto. Pudo leer en ellos que pertenecía a la tribu de los *votadini* pero el resto de dibujos eran un laberinto añil incomprensible. En sus manos, el muchacho sostenía un bastón casi tan alto como él, lo que no era decir mucho, y de sus hombros huesudos colgaba una bolsa hecha con piel de conejo.

—Quédate ahí, chico —dijo Delmacio en dialecto picto. Aunque teniendo en cuenta lo mal que lo hablaba bien podría haberle dicho “Bienvenido, estás en tu casa, pasa, por favor, el muro y mi culo son tuyos”.

—Me quedaré aquí —le contestó el chico en el seco latín que se hablaba en la isla. Tenía un acento peculiar pero se expresaba de manera lenta y precisa—. Vengo a ver a Severo Alecto. Mi padre me dijo que podría encontrarlo aquí, en el quinto fuerte de la muralla blanca.

“Bueno”, pensó Delmacio, “ahora ya no es una muralla muy blanca que digamos. En mi juventud, quizás aún era un poco alba, cuando éramos veinte en el fuerte y salíamos de patrulla todos los días y parecía que siempre iba a brillar el sol. Los buenos viejos tiempos. Ahora solo

hay fantasmas, recuerdos y noches frías que ni el alcohol ni el fuego pueden calentar”.

—¿Para qué quieres ver a Alecto?

—No es asunto tuyo.

—Esta vara que tengo en la mano opina lo contrario.

—A lo mejor mi bastón también piensa que no es asunto tuyo.

Los ojos de Delmacio se convirtieron en dos rendijas oscuras y su boca se estiró hasta convertirse en una fina cicatriz lívida. Notaba como un calor familiar se empezaba a instalar en su estómago, la vieja sensación que sentía antes de iniciar una pelea. Observó con cuidado al muchacho, tratando de leer el lenguaje con el que se comunicaba su cuerpo. La posición de sus hombros y piernas le decían que el chico no sabría defenderse en el caso de que las palabras dejaran paso a los hechos. Podía vencerlo, de eso estaba seguro. “Míralo, si apenas puede aguantar el peso de esa bolsa asquerosa que lleva con él”, valoró. “Un buen golpe de vara y se acabó, como los que dabas en tus tiempos, ¿eh, Barates?”. Pero había algo en ese chico, en su rostro, en sus ojos, algo familiar y, sin embargo, muy lejano, que retenía su mano. Dejó que un suspiro cocinado con un poco de hastío y una pizca de impaciencia escapara de sus pulmones formando, al contacto del aire frío de las colinas y delante de su rostro, una nube de un color gris, casi blanco.

—No puedes ver a Alecto, ni tampoco cruzar el muro —dijo Delmacio con tranquilidad, envolviendo sus palabras con la miel de la conciliación y la prudencia—. Vuelve por donde has venido, chico.

—Me quedaré aquí hasta que salga a hablar conmigo. No puedo volver. Y tampoco puedes obligarme a hacerlo.

—Lo que pueda obligarte a hacer o no es algo que podríamos discutir pero pronto hará mucho frío, cachorro. ¿Ves esas nubes? —preguntó Delmacio apuntado con un dedo retorcido como un pecado hacia unos cúmulos que avanzaban hacia el sur—. Ya sabes lo que traen en sus tripas. Se puede oler en el aire. Se acerca una tormenta, una de las grandes. No es recomendable que te quedes aquí, a la intemperie, sin un techo bajo el que cobijarte. Y no te voy a dejar entrar en mi fuerte por mucho que insistas. Hombres más grandes y feos que tú lo han intentado y ahora sus huesos están esparcidos por toda esta llanura. Vuelve a tu casa, hijo, aquí no tienes nada que hacer.

Por toda respuesta, el muchacho se sentó en el suelo, abrió su mochila, extrajo un poco de yesca y empezó a encender un fuego con un pedernal. Delmacio suspiró de nuevo. Esa mañana, se sentía demasiado viejo, más cansado de lo normal, como si de repente el peso de los años se hubieran acumulado sobre sus huesos y los estuvieran royendo como un perro hambriento. Se frotó con sus dedos sucios el puente de la nariz y dijo:

—Mira, muchacho, conozco a Alecto desde hace muchos años, más de los que puedes contar con tus dos manos, eso desde luego. Y no va a salir del fuerte a menos que me des una buena razón para que lo haga.

El joven picto no levantó la cabeza. Seguía concentrado, golpeando sus piedras, una y otra vez, tratando de hacer que una chispa naciera de sus violentos besos.

—Soy el hijo de Dídimo —dijo, por fin, en un susurro que llegó apagado a los oídos de Delmacio. Después se inclinó sobre la yesca y empezó a soplar hasta que una leve llamita brotó entre la hierba seca—. Soy el hijo de Ninian.

Delmacio abrió la boca pero ninguna palabra llegó a formarse en sus labios. Se fijó mejor en los rasgos del chico, sobre todo en los ojos. Entendió por qué le había parecido tan familiar. Sin decir nada más, se dio la vuelta y, siguiendo sus propios pasos, se encaminó de vuelta al muro.

El muchacho se quedó mirando la espalda encorvada del viejo soldado hasta que llegó al portón, lo atravesó y desapareció en el interior de la boca oscura que bostezaba en la piedra del muro. El chico hurgó de nuevo en su mochila y extrajo un poco de carne de ternera seca que mordisqueó con deliberada lentitud. Observó la posición del sol en el cielo, husmeó la posibilidad de la lluvia en el horizonte y atisbó una madriguera de conejo en la falda de un collado. La puerta del muro se abrió de nuevo y un hombre apareció bajo la sombra del dintel.

Libros de este autor

LA PIEDRA Y LA LUNA

Un mundo que desaparece. Una espada. Un duelo. Un destino.

Son los últimos días de Roma en la isla de Britania.

Alecto, un veterano soldado que sirve en el Muro de Adriano, recibe una visita de su pasado, de alguien que nunca pensó que volvería a ver. Empujado por el deber y la culpa, se embarcará en una búsqueda imposible más allá del muro. Y en la bruma de las tierras pictas, acosado por recuerdos y mentiras, tendrá que enfrentarse a un enemigo al que no puede vencer en un duelo donde estará en juego el destino de toda la isla